

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 111

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º Febrero 1903

La evolución de la Filosofía en España

Los discípulos de Goethe.—La armonía en el arte.—El carácter del autor en toda obra artística.—La esencia del espíritu humano.—Los artistas de alma triste.—El arte no puede ser intelectualismo.—La representación de Maragall en la filosofía.—La de Marquina e Ignacio Iglesias.—Conveniencia é inconveniencia de los talentos simples y de los compuestos.—El escepticismo de Jaime Brossa.

Se llaman discípulos de Goethe los amantes de un arte armonioso que deje el ánimo tranquilo, satisfecho y placentero.

¡Vamos al teatro ó leemos una novela! por ejemplo. El autor nos trastorna el sistema nervioso, nos hace llorar y sufrir, nos causa horror, espanto, repugnancia, admiración mientras leemos la novela ó vemos representar el drama; pero al final de la obra, cuando ha despertado y sacudido en nosotros las buenas y las malas pasiones, poco á poco, suavemente va calmando nuestro ánimo, apacigua nuestros nervios, y el final nos deja tranquilos, convirtiéndolo en un bálsamo reparador.

Este es el arte que nosotros apetecemos y concebimos, el arte de Goethe y de todos los artistas serenos, armoniosos, de alma noble y grande, de los poetas que consideran que el arte ha de ser un excitador de emociones, para destinar de las últimas á las placenteras y confortables. Y de esta manera el espectador ó el lector se acuesta ó deja de leer satisfecho y contento, así de lo que ha leído ó visto, como del tiempo que en ello ha empleado. Las obras de los artistas á lo Goethe terminan bien moralmente, aun las de fin trágico, porque el artista cuida de que perezcan los personajes más antipáticos ó deficientes físicamente, para apaciguar los nervios y confortar los caracteres.

Esta es también una demostración de la hondad del alma. El autor que se complace en dejar en el ánimo del público tristezas crueles y sabores amargos, no es buen hombre ni buen poeta. El artista para ser grande ha de pensar siempre en el bien moral y hasta en el bien físico que sus obras pueden producir en el mundo, y si piensa eso, cuidará del final de las mismas si es literato, ó del conjunto si es pintor ó escultor, para que dejen en los espíritus entusiasmo, esperanza, consuelo... valor moral al fin. Los artistas que no se preocupen de ello nada dirán á las generaciones venideras; su obra morirá con ellos y será poco admirada por sus mismos contemporáneos.

Dentro de todos los hombres, hasta de los más infelices naturalmente, hay algo que les hace querer y admirar lo generoso, que les hace elegir lo bueno, y les inclina hacia lo extraordinario en belleza y en bondad. Y cuanto más andamp, más belleza y bondad queremos, y cuanto más se aleja la humanidad de su punto de partida, más elevación de carácter exige. De suerte que el primer hombre representa la célula de un gran organismo humano que, con el tiempo, se convertirá en una maravilla, de cuyo valor moral no

podemos formarnos idea los hombres presentes. Hay en nosotros el germen de esta grandeza sin que nos sea dable concébrala, como hay en la célula propiamente dicha el germen de una vida determinada y especial que ella no puede apreciar, y cuyas leyes nadie ni nada en el mundo quebrantará. Por eso la célula sigue inmutable su desarrollo, crece cuanto ha de crecer y muere cuando ha de morir.

Todo es inútil contra ella; lleva un camino determinado y lo recorre á pesar de todo.

En la humanidad la célula hombre hace lo propio. Una ley que lleva en su esencia lo llama á lo grande y á lo justo, y lo justo y lo grande le enamora sin que haya obstáculo capaz para detenerle, y sube, sube, sube hasta lo infinito.

Hay, sin embargo, poetas y artistas que se complacen en dejar amargor en los espíritus. Incapaces ellos para sentirse amantes, aun sin amada de carne y hueso reconocida, é incapaces para engendrar alegría, aun sin tener motivos materiales para reír, transmiten á los demás, no deliberadamente, sino necesariamente, el odio ó la pena. La pena más que el odio si son poetas, porque el odio no forma parte de ningún sentimiento artístico. Los artistas que odian son casos patológicos que por una rareza psicológica tienen en su mentalidad condiciones artísticas; pero nada más. En cambio los que dejan la pena en el corazón de sus oyentes, de sus lectores ó de sus observadores, pueden ser artistas, pero de aquellos que mueren sin dejar obras imperecederas. No es menester citar á nadie en apoyo de nuestro aserto. Basta con que los lectores que deseen comprobarlo estudien la condición de las obras artísticas de aquellos genios que perduran en la humanidad á pesar de los siglos que han transcurrido desde que dejaron de existir.

La proposición es ésta: un artista con odios no es artista; un artista cuyas condiciones morales y físicas le obligan á dejar intranquilo el ánimo del público, no puede, aunque se empeñe en ello, dejar obras inmortales.

Las razones están dadas; se concretan diciendo que sólo es inmortal en el tiempo la obra de arte que representa un principio infinito y eterno, cual el moral de la grandeza y bondad humanas.

Inútil es advertir que nos referimos á los artistas que crean, no á los que reproducen, pues éstos han de ceñirse á lo que la historia ó la naturaleza señalan, y pueden ser inmortales, si no por el asunto, por el modo de presentarlo, lo único del artista.

La concepción del arte en todo autor es la obra del autor mismo. Hay quien entiende que el arte no debe proponerse finalidad alguna; hay quien considera que su finalidad debe ser la belleza, y los más estiman que no hay belleza donde no hay bondad, esto es, que la suprema belleza es la de hacer gozar al público, y que ese don es el reflejo de la belleza moral del artista, que exige un arte bálsamo para la vida, para las cicatrices que producen las contiendas de la vida, y un acicate para luchar, con más empeño, por una belleza y por una bondad superiores.

Fué de los últimos Goethe, lo es Juan Maragall, lo son Ignacio Iglesias y Eduardo Marquina, y lo somos también nosotros; es más, nosotros creemos que no hay artista donde no se manifiesta ese afán por meter en el alma del hombre raudales de amor, dicha y consuelo, y donde no se procura dotar á sus dramas, libros, etc., de un final consolador.

¿Pensamiento? No; eso no se piensa, se siente y nada más; se siente, porque nuestros nervios son una nota que vibra en aquel sentido. Inútil por completo aquí el raciocinio; si existiera en arte el raciocinio, sería un reflejo del sentimiento, es decir, el artista pensaría tal como quisiera su amor por las cosas y por los hombres.



En filosofía y en sociología, representa Juan Maragall un individualismo potente y vigoroso; pero autoritario. En la actualidad, este individualismo no tiene representación en España y no podemos hacer comparaciones que faciliten la comprensión.

En tiempos pasados ha habido filósofos amantes de un poder personal rudo, pero de espíritu justiciero; mas estos hombres jamás encontraron reyes ni emperadores que los atendieran. El imperio y el reinado de la justicia personal, que en cierto sentido representa en la historia Pedro *El Cruel*, según unos, ó *El Justiciero*, según otros, murió con ellos.

El individualismo de Maragall es de aquellos que á fuerza de ser lógicos y francos, algunas veces representan mejor que los mismos radicales la crítica demoledora.

Recordamos á este respecto, que bastantes artículos y sueltos publicados en el *Diario de Barcelona*, cuando estaba dirigido por el difunto Mañé y Flaquer, y de cuyo diario es hoy Maragall uno de sus principales redactores, pasaban, sin enmienda alguna, á las columnas de *El Productor*, periódico anarquista de la misma localidad, en aquel tiempo.

Tanta es la relación que guarda el individualismo autoritario sincero, rudo, franco, con el individualismo libertario, sobre todo en la parte crítica de esta sociedad decadente, pusilánime y retórica cuyos más genuínos representantes políticos, ineficaces para el hecho, pasan el tiempo hablando sin afirmar su personalidad en ningún sentido.

La condición filosófica de Ignacio Iglesias y de Eduardo Marquina, es menos acentuada; no son decadentes puros, pero atienden con bastante frecuencia sentimentalismos de dudosa fortaleza física que les sirven, sin embargo, algunas veces para disimular mejor la acción hermosamente demoledora de su arte. Las mismas ideas sociales y filosóficas que se exponen en *El Pastor* no hubieran llegado á las tablas sin ir envueltas en una poesía exuberante que quita mucho de su fuerza destructora á la obra de arte y de su fuerza dramática á la comedia. Este lado de la obra de Marquina, algo artificiosa, pero muy disculpable en atención al medio, es precisamente la parte decadentista, porque en ella intervienen tanto la retórica como la vitalidad.

Ignacio Iglesias es más revolucionario de sentimiento que de ideas, en sentido, naturalmente, individualista libertario, que es de lo que se trata en él y en Marquina. Las ideas atrevidas de sus dramas resultan de una excitación de los sentimientos y de las pasiones hacia la naturaleza, y como lo natural es revolucionario en una sociedad como la actual, dominada aparentemente, mejor aún, hipócritamente, por el convencionalismo y la moral suicida de todas las ideas y de las religiones prohibitivas que nos precedieron, el autor de *Los primeros fríos* resulta revolucionario de puro meter en sus dramas lo que hay de vital y de espontáneo en la naturaleza humana, que en el corazón y en el entendimiento de Iglesias, y en el nuestro también, es superior á toda preocupación de clase, ideal, partido ó secta. Por esta razón el radicalismo artístico de Iglesias no surge de un propósito deliberado que se propone combatir por injustos los *santos principios de la sociedad* presente, sino de una falta de armonía que nota en su ser entre la naturaleza humana y las costumbres sociales y morales que privan actualmente.

Muchos artistas pueden ser considerados disolventes á la manera que lo es Iglesias. El artista se produce naturalmente, no se hace, conformes; pero el excitador artístico es casi siempre la Naturaleza. El poeta se reconcentra en sí, piensa en lo que siente dentro de su cuerpo y procura exteriorizarlo más ó menos violentamente, según la fortaleza vital y la energía moral de cada autor. El resultado es la obra artística; mas como esta obra artística nace de la naturaleza interior del hombre y como esta naturaleza interior no es la que representan las costumbres ni las leyes, que son las costumbres legalizadas, la opo-

sición se establece inmediatamente y nace el artista tanto más disolvente cuanto más vigor hay dentro de sí. De ahí por qué en la cuestión sentimental y pasional todos los poetas verdaderos son disolventes, y si las necesidades de la vida y hasta el afán de gloria no les obligasen a transigir con las preocupaciones sociales, su influencia en el público sería tan rápida y eficaz como saludable.

Estos son los obstáculos que se presentan á los talentos firmes y luchadores; esto es, simples. Ven la verdad con luz meridiana y se van directamente á ella, mas por el camino encuentran los escollos que constituyen los intereses sociales y han de luchar para abrirse paso, porque aquellos intereses se interponen entre la verdad y la persona artística. En cambio, los talentos complejos, así que van descendiendo por la escala degenerativa, constituyen una serie de notas diferentes. Desde los menos decadentes que van salvando los peligros con astucia y habilidad, pero con la vista fija á un ideal nuevo hasta los más degenerados que niegan la existencia de toda verdad y se burlan de los que por ella padecen y con ella sueñan en sus hermosos delirios de poeta, hay una variedad riquísima de caracteres psicológicos. Cuando el psicólogo se haya convertido en médico ó el médico en psicólogo, y á eso vamos, estas manifestaciones degenerativas del arte darán mucho que hacer á las ciencias de la salud. Dicen ya hoy día las ciencias médicas que con higiene no sería menester de la medicina, y nosotros creemos que no pasará mucho tiempo sin que alguien exprese que con una generación de artistas sanos serían inútiles los tratados de estéticas, porque no hay arte mejor ni más bello que el que nace del poeta fuerte en relación directa con la Naturaleza. En otra humanidad las reglas estéticas, como las recetas medicinales, representarían el hecho de crear arte ó de curar hombres por medio del artificio y el artificio denota siempre ausencia de naturaleza.

El cálculo y el tratado en arte es una castración del arte mismo. Producir obras artísticas por esfuerzo mental que han de sujetarse á estas ó á aquellas condiciones estéticas, escritas de antemano, es lo mismo que establecer una fábrica de arte movida á vapor. La paciencia, el ingenio, aplicados á este producto artístico al cabo del año podrán presentar muchos ejemplares de arte mecánico como la muestra que habrá servido para la elaboración, pero no presentará arte personal y espontáneo, de variedad infinita por el número y por las manifestaciones psicológicas de cada obra artística. El arte, pues, no admite más reglas que las que pone en las obras la naturaleza especial de los artistas que las crean.

Es arte calculista, el llamado arte intelectual, el que tiene por objeto poner encima de los sentimientos y de las pasiones una idea filosófica ó moral, seca y concreta. Arte de tal naturaleza se distingue del arte verdadero en que tiene su génesis en un esfuerzo de la voluntad. La elaboración en este caso es cerebral, no pasional, y el arte debe ser pasión ante todo. El autor cerebral piensa antes de empezar su obra artística qué ideas morales ó filosóficas va á exponer, dejando para la naturaleza vital y pasional un lugar secundario. Las obras de estos artistas resultan siempre frías y de público reducido. He aquí el defecto que presentan algunos dramas de Ibsen; por eso hemos dicho, hablando de este autor, que algunas veces supeditaba sus sentimientos á sus ideas, el arte á la filosofía, las pasiones humanas, abiertamente *inmorales*, al propósito de hacer moral nueva.

Jaine Brossa es uno de estos temperamentos que calculan y piensan cuando escriben una obra teatral. Así escribió *Los sepulcros blancos*, en cuyo drama, antes que dar rienda suelta á las pasiones y á los sentimientos que, repetimos, son siempre *inmorales* y anteintelectualistas, se hace suicidar á la protagonista, porque abriga en su corazón un amor

que á Brossa le parece irrealizable é inmoral. Y no hay tal cosa; los amores son siempre legítimos, porque no se conoce más legitimidad que la naturaleza ni cosa más natural que la pasión. Lo que sucede es que el intelectualismo, desde las primeras ideas morales y religiosas á la últimas ideas filosóficas, ha creado una gran capa de preocupaciones que pesan cual losa de plomo en la naturaleza humana, y si alguna vez el autor se encuentra en presencia de un conflicto psicológico producido por la oposición que se hacen las leyes morales y las naturales, corta por lo sano en perjuicio de la Naturaleza. Así es como el autor mata ó quita del problema dramático los personajes que representan las pasiones que llamaríamos insanas, si, como la generalidad de la gente, creyéramos en esa insanitud.

Este resultado artístico puede ser el producto de una debilidad moral, moral en el sentido de no tener valor para exponer valientemente lo que uno piensa, ó el resultado de un escepticismo que niega la belleza de la vida y la de los hombres. Jaime Brossa es de los últimos y hace morir á sus creaciones más hermosas porque entiende que para ellas no hay sitio en este mundo.

FEDERICO URALES

(Esta obra terminará en el número próximo.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Agua destilada y agua oxigenada: empleo de esta última como depilatorio.—Cuestiones higiénicas: desinfección de las casas, de los vestidos y de los muebles.—Método general del Dr. Galmette.

El Dr. Soyot afirma, quizá con razón, que el agua pura es un veneno. En efecto, por la destilación pierde el agua las sales diversas que contiene en estado natural y que la convierten en un líquido dotado de cierto sabor que la distingue del agua químicamente pura, absolutamente insípida. Esta última, falta de cuerpos en disolución, una vez introducida en el estómago, se apresura á extraer de los tejidos humanos las sales que le faltan y que le son indispensables, lo que constituye una especie de envenenamiento al revés, que sería de graves consecuencias si el agua pura se absorbiera regularmente.

Nos parece, no obstante, excesiva la conclusión del Dr. Soyot, cuando asegura que el agua destilada es un veneno peligroso, y nos abstendremos de proscribir su empleo en medicina, considerando que las reacciones químicas que se producirían entre las sales disueltas en el agua natural y algunos de los productos farmacéuticos más usuales, serían mucho más peligrosas para el organismo que el inconveniente antes señalado, el cual, en nuestro concepto, sólo llega á ser serio cuando del agua pura se hace un uso habitual.

En cambio, las aguas minerales con sus sales, las gaseosas con su ázoe, su oxígeno ó su gas carbónico, han dado en muchos casos resultados sorprendentes. ¡Qué acción tan bienhechora ejercen sobre la salud los cuerpos disueltos en gran número de aguas especiales!

Las aguas oxigenadas parecen llamadas á ser empleadas en breve para destruir el

vello que tantos disgustos causa á nuestras elegantes. Y, sin embargo, un fino bozo, semejante á un tierno bigotillo en formación les sienta á maravilla, principalmente porque á veces revela cierto temperamento sentimental ó sensual, que atrae los corazones de sus fervientes adoradores, lo cual no impide que obedeciendo á las preocupaciones antes que á la razón, las damas se empeñen en despojarse de ese ornamento revelador, por uno cualquiera de los métodos de que han podido disponer hasta el presente: la depilación, el empleo de ciertas pastas, la electrolisis, etc., á pesar de que todos ellos son malos, los unos por dolorosos, los otros por irritantes y en general por peligrosos.

Felizmente M. Paul Gallois acaba de descubrir que el agua oxigenada suministra un procedimiento sencillo, inofensivo é inodoro para hacer desaparecer los pelos demasiado visibles á medida del deseo de sus poseores ó poseoras.

A costa de repetidos ensayos, M. Gallois ha comprobado que el agua oxigenada ó bióxido de hidrógeno, era capaz de destruir los pelos anormalmente pigmentados. Además, se sabe que esta agua, aplicada á los cabellos, los decolora y permite, deteniéndose á tiempo, darles el matiz veneciano, tan apreciado por ciertas damas del gran mundo, dedicadas al culto de su propia hermosura, según el concepto que de la hermosura tienen aquellas cabezas con menos seso que el busto de la fábula popular.

He aquí el procedimiento, según M. Gallois: se empapa un algodón en agua oxigenada y se le aplica sobre la región que se quiere depilar, dejándole algunos minutos. Se renueva la aplicación todos los días hasta obtener el resultado propuesto.

Supongamos que se trate del bozo del labio superior: en seguida los pelos se decoloran y no forman más que un bigotillo incoloro, absolutamente imperceptible. Si se continúan las aplicaciones, los pelos se vuelven vello, se abren y desaparecen, aunque con ellos desaparezca un encanto cuyo valor suelen desconocer las bellas.

El procedimiento, como se ve, es sencillísimo, y según su autor, no es doloroso ni ocasionado á accidentes. Su único, aunque pequeño, inconveniente, consiste en que el pelo no destruido exige la continuación de las aplicaciones; pero no siendo éstas peligrosas, desagradables, ni complicadas, se unen sin dificultad á los demás artificios de tocador de uso corriente.

Una recomendación: evítese el contacto del agua oxigenada con las telas de cualquier género que sean, porque destruyen el tejido con la misma facilidad que el pelo.

La influenza y otras enfermedades más ó menos contagiosas que dominan actualmente en las principales ciudades de Europa, en que el exceso de población, la falta de aire, la miseria y con ella la falta absoluta de higiene ofrecen numerosas víctimas al contagio, y para defenderse de él no hay más que la desinfección y la limpieza. Sobre esta última, el mejor consejo consiste en recordar la palabra de un tirano famoso, Luis XIV, que decía: «Hay dos cosas que no son incompatibles con la miseria: la limpieza y la cortesía, toda vez que un cántaro de agua no cuesta dinero, y un saludo se da y se toma de balde.» El Rey-Sol, como llamaron sus aduladores á aquel mal hombre, por lo visto sabía hacer frases á ratos perdidos, pero olvidaba detalles importantes de la realidad, como, por ejemplo, que si el miserable saluda al soberbio, éste jamás le vuelve el cambio, y que el miserable, ante las infinitas privaciones y dolores que sufre, no tiene la tranquilidad necesaria para equilibrar ciertas necesidades secundarias con su satisfacción, pudiéndose dar el caso de que ni aun de cántaro se disponga. ¿Dónde tendrán el cántaro los miles de hambrientos sin casa ni comida y casi sin ropa que pasan al raso las noches en Londres?

Pues respecto de la desinfección, las dificultades son enormes. No obstante, el doctor Calmette, propagandista infatigable de la higiene pública, ha resuelto el problema, dando como los mejores y más sencillos medios para desinfectar una casa inficionada por una epidemia, los siguientes:

Blanquéense las habitaciones con una lechada de cal, preparada con un kilo de cal viva en cinco litros de agua, que se practicará lentamente.

Los techos y las paredes se lavarán con una solución caliente de cloruro de cal á 2 por 100, preparada con un kilo de cloruro á 20 por 100 en un recipiente con 50 litros de agua tibia.

Esta solución no es peligrosa ni perjudica las manos; además, el cloruro de cal es barato. Si falta el cloruro, un litro de agua de Javel en 30 litros de agua tibia surten el mismo efecto.

Las paredes pintadas al óleo pueden lavarse con agua y jabón, y en seguida con una solución de cloruro de cal á 2 por 100.

Los papeles pintados *deben arrancarse sin piedad y quemarse*, dejándose que la habitación se ventile convenientemente antes de empapelarla de nuevo.

El antiguo método de fumigación con azufre debe ser completamente abandonado, por ineficaz y por perjudicial para los objetos.

*
*
*

La desinfección de los muebles y sillas de paja se hace lavándolos con una solución de cloruro de cal.

Los utensilios u objetos de tierra cocida ó de porcelana se sumergirán en dicha solución dos ó tres horas.

Los papeles sin valor se quemarán y los otros se expondrán al sol durante dos ó tres días.

Los objetos cubiertos de cuero ó de caucho se lavarán con cloruro de cal al 2 por 100, y los metálicos, con vinagre ó alcohol.

Los colchones de muelles se desharán; los muelles, después de bien lavados y cepillados, se expondrán varios días al sol; se quemará el contenido de los colchones y las telas y cubiertas de cama se echarán á la colada.

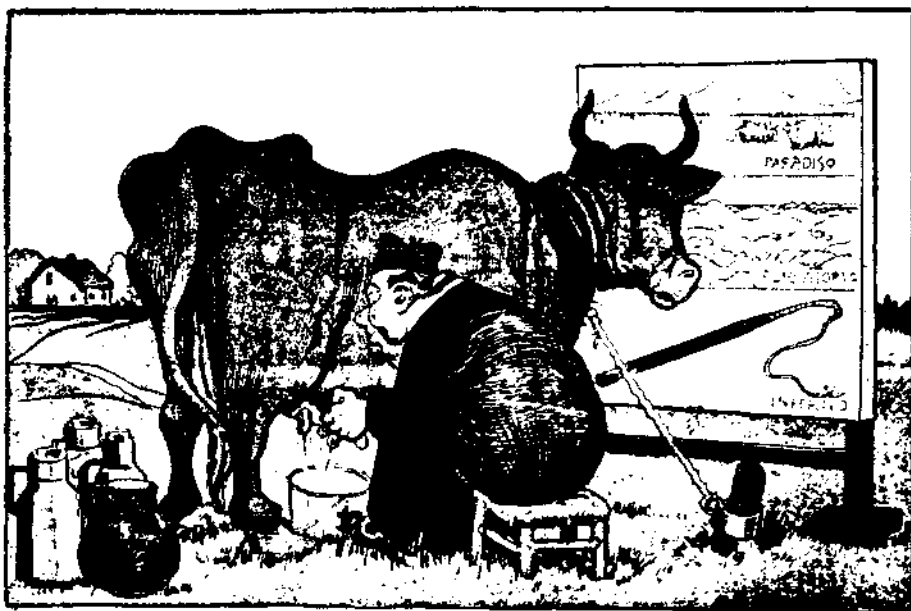
Las ropas del enfermo se lavarán en agua hirviendo mezclada con potasa y ceniza de madera. Los tejidos de lana ó seda se lavarán en agua pura y se secarán al sol.

Evítense el empleo del sublimado, que es un violento veneno, siendo preferible el ácido fénico, que es poco venenoso y más barato; se usa al 2 ó 3 por 100.

Para las materias contaminadas, esputos, sangre, etc., se utilizará el linol y, en su defecto, el ácido fénico al 5 por 100.

Por regla general, estos medios bastan para detener las desinfecciones mal hechas, cuyo resultado es crear focos de epidemia en las casas contaminadas.

TARRIDA DEL MÁRMOL



SE ACABÓ

De I. Asino, de Roma

El comunismo como forma de la sociedad futura (1)

II

El que examine de cerca los principios fundamentales del comunismo, habrá de reconocer que, si en la sociedad humana se manifiesta verdaderamente la tendencia de producir y gozar en común, la forma comunista de la sociedad dominará en el porvenir, sobre todo por la razón de que ella es el sistema de sociedad más natural que pueda imaginarse para la armonía de los hombres en conjunto.

Todas las objeciones que hacen con frecuencia los defensores del orden actual, que pretenden que los principios comunistas son opuestos a la naturaleza humana, no tienen razón de ser para todos aquellos que reflexionen seriamente.

Debe parecernos muy natural—abstracción hecha de la ejecución de los detalles—que los campos sean cultivados según la costumbre de cada comuna por la población adulta. Es más, es natural que la cosecha esté amontonada, no en los trescientos graneros de que nos ha hablado Fourier, sino en un solo granero común, ó á lo menos, en un número restringido de almacenes de provisiones.

Puede continuarse imaginando como muy natural que los almacenes rurales estén abiertos á la población industrial de las ciudades como, por otra parte, los aldeanos pueden proveerse de artículos de casa, de vestido, útiles, máquinas, primeras materias, etc., en los grandes almacenes de las poblaciones vecinas, centros de industria ó de comunicación.

Puede figurarse como muy natural y muy simple la organización de las fábricas y de los talleres comunales, hechos propiedad colectiva y dirigidos, no por propietarios particulares ó en nombre de un cierto número de accionistas, por directores responsables, sino directamente por los obreros mismos trabajando en sus respectivos establecimientos. En cada rama de la industria podrían proveer á las necesidades eventuales rellenando los almacenes comunes.

Todo esto, para expresar claramente mi opinión, me parece muy en armonía con la naturaleza humana, como lo es en la naturaleza de las abejas llenar entre todas las células de la colmena común.

No creo exista en la naturaleza del hombre un rasgo característico que demuestre sea refractario á una vida en común. Muy al contrario; yo creo que la tendencia á producir y á gozar según el sistema comunista, se manifestará en el porvenir, entre los hombres, de una manera siempre más creciente, precisamente porque ella se funda sobre la pendiente egoísta de una satisfacción intelectual y moral ó sensual, más y más grande, pendiente que toma su origen en la voluntad de conservación propia de todos los seres vivientes.

Ya sé que es muy difícil de definir de una manera precisa toda esta evolución; difícil porque podemos diferir sobre el sentido mismo de lo que es la «propiedad colectiva» ó «propiedad común».

Ahora es necesario saber lo que puede entenderse con el nombre de propiedad común, puesto que en definitiva no es el nombre de propiedad lo que hace el amo, sino la

(1) Véase el núm. 108.

soberanía de regular el trabajo socialmente necesario y á servirse de los productos de este trabajo.

Aquí está la gran dificultad, tanto para el hombre de vida práctica que expone sus teorías en público, como para el verdadero filósofo.

Lo que caracteriza la propiedad de una cosa cualquiera, es la libertad de disponer de ella, el pleno poder, reconocido como un «derecho» por la misma sociedad, no sólo de usar esta cosa según su gusto, sino igualmente de *enajenarla*.

Cuando en la sociedad comunista los campos comunes estén cultivados de la manera convenida entre los habitantes de las comunas, será esto cuestión de derecho reconocido por la dirección del trabajo en el círculo de las comunas respectivas.

Sin embargo, las comunas no serán «propietarias» de los campos en el sentido en que la expresión *propiedad comunal* está comprendida en nuestra sociedad burguesa.

Los delegados de los habitantes no podrán enajenar los dominios de las comunas respectivas. Esto es ya consecuencia de la constitución misma de lo que se llama una sociedad comunista. Pero los habitantes de una comuna podrán entenderse con los de otra sobre la mejor forma de cultura de ciertas parcelas, sobre el almacenaje, el transporte, etcétera, de los productos recolectados y, en general, sobre todo lo que atañe á la organización necesaria del trabajo.

Así los obreros de una mina, de una fábrica ó de un taller colectivo, como aquellos que trabajan en los establecimientos de una línea férrea ó de barcos á vapor, decidirán seguramente, según el orden comunista de la sociedad, sobre todo lo que concierne á la ejecución de su trabajo, siendo también *autónomos* en el dominio de su propia actividad.

El derecho de propiedad, empero, les faltará en el sentido de que ellos no tendrán la libertad de *enajenar, aniquilar ó deteriorar* en sus establecimientos respectivos los edificios ó las máquinas, los materiales ó los útiles confiados á sus cuidados. No tendrán lo que llama el derecho romano *jus utendi et abutendi*.

Cuando todos los medios de producción y los productos sean propiedad de la comunidad, esa comunidad sabrá hacer valer sus derechos bajo la forma de *opinión pública*, allí donde la propiedad colectiva sea violada.

Supongamos, para escoger un ejemplo en alguna rama de la industria, que hornos de vidrio de cualquier país están verdaderamente *socializados*, se originará la consecuencia de que los obreros organizados de todas las cristalerías del país tasarán, por cierto tiempo, la cantidad de vidrio de diferentes clases que, con arreglo al consumo de los años precedentes, se haya pedido para el gasto del país ó exportado al extranjero. Esta cantidad deberá ser repartida proporcionalmente entre los hornos de las distintas comarcas del país, según la fuerza productora de cada uno de los establecimientos.

Si los hornos existentes no bastasen para la producción que se quiere, los obreros organizados de las cristalerías del país deberían, para fundar nuevas fábricas de esta misma rama de la industria, entrar en relaciones con los obreros de los demás edificios. La cantidad de producto á suministrar por cada cristalería del país, una vez fijada, sería repartida entre el personal de cada establecimiento á que perteneciera toda la organización del trabajo, con tal que tuviera cuidado que la cantidad fijada de vidrio fuese verdaderamente entregada y de la cualidad requerida. Así, los mismos obreros regularían la duración y división del trabajo, como determinarían los días de trabajo. Tomada en detalle, esa producción sería dirigida por la naturaleza misma del trabajo y modificada como las condiciones locales eventuales.

¿Los obreros organizados reducirían la jornada de trabajo en los oficios menos preten-

didos ó en ciertas fábricas y talleres, ó bien concederían privilegios á algunas profesiones á fin de asegurar el número de trabajadores necesarios á su funcionamiento? He ahí unas cuestiones que han sido examinadas teóricamente y tratadas hasta el desatino y que, por lo tanto, la solución no podrá obtenerse más que por la vía práctica.

La libertad de movimiento, la de elección del oficio que preferirá el obrero en una sociedad comunista, le permitirán trasladarse á cada instante de un taller á otro, de una cuadrilla de trabajadores á otra, siguiendo siempre su gusto y preferencias personales, y crearán entre los obreros de diversos establecimientos de producción una emulación que no podrá menos que contribuir á la perfección del trabajo, en provecho de la producción misma.

En mi descripción, un poco detallada de un sistema de producción y de consumo perteneciente á un período histórico venidero, he ido más lejos que parece me permite un estudio científico del desenvolvimiento general de la sociedad futura. Lo sé perfectamente. Sé también que nadie puede fijar con exactitud científica de qué manera se desarrollará la vida social de las generaciones humanas posteriores.

Y que tanto menos podemos saber los principios vitales de las generaciones humanas posteriores, como conocer esencialmente los progresos futuros de la ciencia en cada uno de sus dominios, ó todos los nuevos descubrimientos que sean peculiares á cambiar la fisonomía social.

Por tanto, no me ha movido otra intención que la de dar mi opinión personal sobre la manera que la sociedad comunista *podría* estar organizada, suponiendo que ella *deba* desarrollarse en sociedad comunista. Es, pues, con propósito deliberado que he tratado esta organización comunista más á fondo de lo que era necesario, á fin de establecer lo que yo comprendo con la expresión de *propiedad común ó propiedad colectiva*, de otra manera, *propiedad social*.

A pesar de la poca posibilidad de dar una exposición detallada de la sociedad futura, podemos, sin embargo, considerar como cosa cierta que de cualquier manera que esté organizada la producción y el consumo de las riquezas *en una sociedad verdaderamente comunista, será la colectividad de los obreros mismos la que tendrá la alta dirección de la producción y de la distribución de los bienes, operando siempre como lo hacen los contratistas de nuestros días bajo el sello de la opinión pública.*

La humanidad no se ocupa de la producción por su gusto, sino porque lo necesita para sus necesidades materiales, intelectuales ó morales.

Luego debe afirmarse por anticipado que con el nombre de trabajadores ó productores colectivos, es preciso comprender, no solamente los obreros asalariados así llamados en nuestra época, sino igualmente todos aquellos que hacen un trabajo cualquiera, ejecutado ordinariamente por los empresarios capitalistas de la sociedad actual.

Es decir, que la colectividad de los productores comprenderá, naturalmente, todos aquellos que hacen trabajo manual ó intelectual en el gran proceso de la producción y de la distribución de las riquezas, así como en la vida intelectual del género humano.

Y el contraste bien pronunciado que existe en el presente entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, desaparecerá en una sociedad comunista, por la razón misma de que cada uno podrá consagrarse de buena voluntad á ambos trabajos.

Pasemos á las objeciones hechas contra la organización comunista de la sociedad por aquellos cuyos intereses piden la conservación la sociedad burguesa.

Estas objeciones se refieren tanto á los principios comunistas fundamentales como á los detalles de la organización de la sociedad futura.

Tasando el valor del trabajo, dicen unos, los comunistas olvidan que el trabajo de las grandes masas se hace más y más productivo, porque el trabajo se ejecuta bajo la dirección de una minoría más inteligente que, por otra parte, exigirá siempre una porción más considerable de producto común.

Los grandes genios de la Humanidad en invenciones y descubrimientos: los *Colombos*, los *Copérnicos*, los *Watts*, los *Besseiners*, los *Arkwrights* no constituyen más que una minoría que representa, por así decirlo, el número por la cual el trabajo de las masas debe ser multiplicada para la estimación de la producción total del trabajo.

Los grandes pensadores y filósofos como *Spinoza*, *Kant*, *Darwin*, los creadores de obras maestras como *Rembrandt*, *Rafael* y *Miguel Angel* han aportado á las riquezas de la Humanidad una contribución á la cual no puede compararse el trabajo de la gran masa. Luego, nos dicen, en la sociedad comunista, toda esa selecta intelectualidad no podrá recibir la mayor remuneración que la sociedad le debe.

Razonando así, los adversarios del comunismo ponen á los trabajadores más atrevidos y más enérgicos del pasado en oposición con sus contemporáneos, que son menos privilegiados, pero cuyo trabajo es seguramente también útil y necesario para el bienestar común.

Los hombres más inteligentes, que los gobiernos de su tiempo han dejado ordinariamente en la mayor miseria; los hombres de energía, que con frecuencia han debido luchar y penar duramente haciendo á veces esfuerzos casi sobrehumanos para llegar á tener qué comer, los espíritus nobles, de los cuales unos fueron cargados de cadenas ó perseguidos cruelmente, como *Colón* y *Galileo*; otros murieron pobres, como *Spinoza* y *Erasmus*, ó fueron torturados en la hoguera, como *Huss* y *Giordano Bruno*; ¡todos esos personajes dignos del elogio de los siglos deben también servir después de su muerte á la defensa y á la justificación del sistema actual de la repartición de los bienes terrestres, en el cual los zánganos comen la miel de las abejas obreras!

¿Los grandes trabajadores de la humanidad, filósofos atrevidos, reformadores, inventores, artistas de genio, no recibirían en la sociedad comunista una remuneración material proporcionada á su trabajo?

Se trata de saber si ellos desearían más una remuneración que el respeto de sus contemporáneos y la gloria de la posteridad, y la cuestión queda planteada así: ¿En la sociedad actual los genios reciben en primer lugar una remuneración material proporcionada á su trabajo?

Nosotros preguntamos: ¿el inventor de una máquina saca verdaderamente las ventajas de la producción que esta máquina ha suministrado? Si las gana *enteramente*, ¿es él quien las gana, ó son ante todo los fabricantes ó los accionistas de las grandes empresas industriales los que las acaparan! ¿Si es *Pasteur*, por ejemplo, quien goza sobre todo de los frutos de los descubrimientos que le deben la agricultura, el cultivo de la viña y la crianza del ganado de cerdo, ó si son los propietarios terratenientes?

Cada uno de estos trabajadores de genio no debe reconocer que su genio descansa sobre sus predecesores, sobre los ejecutores de su trabajo, sobre una multitud de personas destinadas á permanecer ellas mismas en la obscuridad, aunque su colaboración les permita trabajar con todas sus fuerzas?

¿Es que los arquitectos que han concebido los planos de las catedrales de Colonia y de Amiens pueden estar separados generalmente de las generaciones de obreros que han

erigido poco á poco esas soberbias columnas de arquitectura, pueden ellos mismos estar separados de todos aquellos del medio en el cual viven?

Las mismas obligaciones que la gran masa de obreros tienen incontestablemente con los pensadores, inventores y artistas de genio, tienen éstos para con aquéllos. Todo cuanto son lo deben á los más humildes y á los más simples de sus compatriotas, á todos cuantos han amasado su pan, cortado sus vestidos, limpiado sus habitaciones y que ahorrándoles este trabajo para no entretenerles, les han puesto en estado de desarrollar todas las facultades de su espíritu y de corazón ó de desplegar todas las fuerzas de su energía.

¿A quien, pues, dar una más grande remuneración, si es necesario distribuir alguna?

Es cierto que el inventor de una máquina que creara una economía de trabajo podría decir á los obreros que construyesen aquella máquina y á los que se sirvieran después de ella: «Sólo os he considerado como *mis* instrumentos, dejadme los beneficios que produzca, puesto que son únicamente debidos á mi invención». Entonces podrían presentarse todos aquellos que han vestido, alimentado y limpiado al inventor y aquellos que le enseñaron todas las ciencias, que él ha podido poner en práctica y decirle con la misma razón: «Cuidado, amigo, que nosotros os consideramos sólo como *nuestro* instrumento y haréis el favor de restituírnos lo que habéis recibido».

¿Dónde, pues, empiezan ó concluyen los derechos y las obligaciones recíprocos?

Entre aquellos cuyos intereses personales exigen la conservación de la sociedad burguesa, hay quien dirige ante todo su crítica contra el concurso mutuo y la división del trabajo en una sociedad comunista.

¿Quién hará entonces—preguntan—los trabajos duros y penosos, quién limpiará las cloacas, quién barrerá las calles?

Estos adversarios olvidan que los obreros, una vez capaces de dirigir con sus grupos productivos todo el trabajo socialmente necesario, sabrán encontrar los medios para ejecutar también el trabajo más pesado y el menos agradable.

¿Cómo resolveréis la cuestión doméstica?—preguntan otros formulando la objeción precedente en términos más generales.

Quizá se refieren con sus preguntas á razonamientos como los del historiador burgués alemán *H. von Treitschke*, que dice: «Sin criados no hay cultura», como el filósofo griego Aristóteles pensaba en su tiempo que la sociedad no podía existir sin esclavos.

Los obreros pueden contestar á toda esa gente: *Nosotros seremos nuestros propios criados*:

Pero los más inteligentes y los más enérgicos rehusarán trabajar si no reciben una remuneración mayor de los frutos del trabajo común que la atribuya á la masa de los obreros ordinariamente así llamados. ¡El arquitecto, el médico, el ingeniero, no querrán poner á disposición de todos sus capacidades teóricas y técnicas!

¿Qué harán, pues? ¿Permanecerán completamente inactivos? ¿Serán ellos menos que el más humilde y el más simple de los «obreros ordinarios»? ¿O bien harán por sí mismos el «trabajo ordinario», el «trabajo no calificado», ellos, los intelectuales? ¿Cultivarán la tierra como *Cincinnatus*, arado en mano? Creemos que podemos estar tranquilos; todo se desenvolverá naturalmente y bien.

¿Cómo estará organizada la nueva sociedad comunista?—nos preguntan.

No es posible hacer una descripción detallada. Los detalles de organización no diferirán necesariamente en cada país y en cada período histórico de la vida de los pueblos, mientras los grandes principios del orden social sean los mismos.

La clase obrera debe probar con sus actos, que es capaz, ó que lo será, de tomar por sus propias manos toda la alta dirección de la producción y de la distribución de los bienes. Si en realidad ella puede suministrar esa prueba, desde luego su causa está ganada y saldrá victoriosa de ella. Si no lo es, estará siempre bajo la dependencia de sus gobernantes. El salariado continuará siendo la base de la producción social, hasta el momento en que una nueva generación obrera habrá adquirido la fuerza necesaria para su manumisión.

En primer lugar, la cuestión que se ventila aquí es saber sí, con su organización, la masa de los obreros del trabajo manual é intelectual tendrán la capacidad de procurar á la humanidad todos los productos que ella necesita para vivir. En segundo lugar, es preciso haya una armonía bastante sólida entre los obreros organizados en lo que concierne á la lucha de clases contra los empresarios particulares.

Cuando los obreros tengan la fuerza de emprender la lucha de clases con la energía necesaria, entonces los elogios se sucederán á las críticas de que es objeto el proletariado militante por parte de los zánganos de la sociedad capitalista. Estos elogios no tardarán en manifestarse, porque los pueblos civilizados tienden á realizar el fin que concluirá con esa situación odiosa y punible bajo la cual sucumbe la humanidad.

Y cuando el proletariado, gracias á su organización, ponga fin á la opresión internacional, opresión económica, política, intelectual y moral, entonces los poetas harán el elogio de las masas obreras, combatientes revolucionarios del siglo xx. Los filósofos analizarán las bases teóricas del movimiento revolucionario de nuestro tiempo para demostrar su «justicia», y se burlarán de todas las objeciones hechas contra la organización comunista libre de la sociedad humana por los sabios burgueses, defensores de la sociedad capitalista. Y los artistas crearán con la paleta y el cincel cuadros de esta lucha gigantesca del proletariado combatiendo por la emancipación del hombre.

(Traducido por Soledad Gustavo.)

CRISTIAN CORNELISSEN

El Arte dramático en España

EN EL TEATRO ESPAÑOL: *CARIDAD*, comedia en tres actos, escrita en prosa por Miguel Echegaray.

Estoy condenado á escribir inútilmente. Cuando esta revista vea la luz no se hablará poco ni mucho de *Caridad*. Un señor, hablando de la misma, decía ayer al salir del Teatro Español: «Me causa verdadera amargura ver en el primer teatro dramático de España, y representadas por los mejores actores de nuestro país, obras tan pobres en todos conceptos como las *originales* estrenadas en la presente temporada.»

Sin duda alguna que tenía alma de artista el que así se expresaba dirigiéndose á otras personas, entre las cuales vi un crítico; los oyentes asintieron. Asiento yo también desde estas columnas. El Teatro Español, la dramática española, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza merecen más, mucho más que lo que en arte representan los dramas estrenados este año en el clásico coliseo.

* * *

Caridad no tiene argumento, como no sea tal el empeño que dos nobles jóvenes arruinados, pendencieros, jugadores, viciosos y sinvergüenzas muestran en casarse con Caridad, joven hermosa, caritativa, soltera, libre, liberal, mayor de edad y poseedora de veinte millones, que vive en casa de unos tíos. El nervio principal de *Caridad* es ese, y los secundarios están representados por Petra, joven titiritera que Caridad arranca del poder de su explotador, un hercúleo saltimbanqui que la hace bailar mucho, que apenas le da de comer y que, encima, le pega bárbaramente, y por Carlos, joven ingeniero que está enamorado de Caridad, pero cuyo amor no se atreve á descubrir, porque ella es riquísima y podría creer que sólo anhelaba la dote de que disfruta.

Después resulta que Caridad y Petra aman en secreto al mismo hombre, á Carlos, y ninguna de las dos se atreve á declarar su pasión. De suerte que protectora y protegida se convierten en rivales, conflicto que podía haber dado ocasión á un drama hermoso, si Miguel Echegaray fuese un autor dramático. Petra, por cariño á Caridad, su salvadora, primero, y por su amor á Carlos, después, se convierte en perro fiel de Caridad, de Carlos y de su familia, contra las ridículas, inverosímiles é inocentes accechanzas de los dos relajados pretendientes de la joven veinte veces millonaria. Esto, tejido muy burdamente, inverosímil y antiestético, constituye *Caridad*.

* * *

La obra no es tragedia, ni melodrama, ni drama, ni comedia, ni sainete, pero tiene de todo, desde la caricatura á las situaciones excelentemente sentidas y presentadas, que son como luces fugaces, que desaparecen al instante absorbidas por lo inverosímil y lo grotesco. Repito que en *Caridad* hay un drama y que si de la comedia se quitara lo que no tiene pies ni cabeza y que parece concebido por un niño, resultaría un drama formidable, un *Hamlet* al revés. Estoy por creer que Miguel Echegaray no ha visto lo bueno de su obra.

* * *

De la construcción de *Caridad* se pueden decir la mar de cosas, todas malas.

El primer encuentro en la casa de D. Justo, que es, al mismo tiempo, la de Caridad, de los dos nobles arruinados (Enrique y Fernando) debía haberse verificado antes de levantarse el telón, porque no se comprende que dos asiduos concurrentes de una casa y *contertulianos* de la misma, se vean en ella por primera vez, al cabo de mucho tiempo de frecuentarla.

El autor *creyó conveniente* así para poder enterar al público del móvil que trae á aquellos dos pájaros á casa de Caridad, pero la explicación de sus *propósitos* mezquinos, podía y debía darse, no explicándoselos uno á otro, sino manifestándolos con hechos, esto es, con acción.

En esta obra, donde tanto abunda la acción, hasta el punto de atropellar en su honor la lógica del tiempo y del pensamiento, se fia á la palabra lo que artística y naturalmente debía haberse fiado al hecho.

Carece hasta de sentido común, y que el Sr. Echegaray perdone mi ruda franqueza, dejar en escena, que representa la casa de D. Justo, á Enrique, mal visto en el domicilio de dicho señor, al que acude para desafiar á Carlos, y hacer retirar, en cambio, á éste, que vive en la casa de su tío, después de una escena violenta entre el que se puede considerar el amo y un intruso que repugna á toda la familia. Y ¿para qué? Para dar lugar al diálogo entre Petra y Enrique, del que este espadachín resulta con dos dedos rotos é imposibilitado, por consiguiente, para batirse con Carlos. Lo lógico,

lo natural no era eso; lo natural era que Enrique se hubiese marchado después de provocar el lance con Carlos y de saber que D. Justo había dado órdenes de que no se le recibiese en su casa. No obstante, se retira Carlos en lugar de hacerlo Enrique, á quien el Sr. Echegaray deja en escena como si en ella no hubiese pasado nada entre Enrique y Carlos, y como si representara el domicilio del primero.

*
**

La concepción escénica del segundo acto me recordó mis juegos de niño. Parecíanme oír á mis amiguitos que decían antes de poner en práctica uno de nuestros juegos habituales: «Petra leerá á Caridad un capítulo de *Maria, la hija de un jornalero*. Caridad se dormirá en seguida y Petra irá por una manta con que abrigar á Caridad. En este momento aparecerá D. Justo, quien, sintiendo frío, dirigirá la mirada hacia la ventana al mismo instante que por ella penetrará Fernando. Al notarlo D. Justo, se esconderá para ver lo que va á ocurrir, en lugar de gritar; oculto D. Justo y en el cuarto Fernando, saldrá Petra con la manta, verá á Fernando y lo echará á empujones á la calle, arrojándose un escándalo fenomenal, sin que, á pesar del escándalo, se despierte Caridad, que ha de continuar dormida para que, arrojado de la casa Fernando por Petra, y en presencia de ésta y D. Justo, Caridad sueñe con Carlos y nos entere dormida que ama á su sobrino, y para que Petra nos descubra, al oír á Caridad, que ama á Carlos también.» Esto es infantil, simple, primitivo. Además se ejecuta lo dicho sin tiempo ni para pensarlo. Fernando propone al criado asaltar la casa unos minutos antes de ejecutarlo, durante los cuales sus moradores han de acostarse, se han de apagar las luces y el salteador ha de ponerse otro vestido, porque de frack..... En fin, la labor del crítico en este respecto sería interminable.

*
**

Si estudiase individual y psicológicamente el carácter de los personajes que intervienen en *Caridad*, no habría de celebrar más la obra del autor. Carlos resulta castrado de voluntad, de entendimiento y de valor. Caridad es tonta y D. Justo también. Tal estado mental era necesario para que resultase una comedia de tres actos de los materiales de *Caridad*; porque, si á D. Justo se le ocurre nombrar heredero á Carlos la primera vez que éste le dijo que no se atrevía á declarar su amor á Caridad porque él era pobre y ella rica, en lugar de ocurrírsele al final de la comedia, ya que no tiene hijos y desea la unión de sus sobrinos, la obra terminaba en las primeras escenas, y si Caridad obra como le exigían sus veinticinco años cumplidos, esto es, su mayor edad, su independencia, su posición desahogada y su amor, sobre todo, la obra concluiría al empezar, porque empieza con un diálogo de los dos enamorados.

Nada como el siguiente caso para dar idea de la mentalidad dramática de Miguel Echegaray. Uno de sus empeños en *Caridad*, consiste en presentar á Carlos como un joven simpático, digno de que se enamoren de él dos muchachas la mar de bonitas. Pues el autor no halla manera de lograr cosa tan fácil: para el público, Carlos resulta un tonto y supongo que para las mujeres ha de resultar además poco hombre. ¡Mayor fracaso para un autor dramático!

*
**

Superior á toda ponderación fué el arte desplegado por la señora Guerrero en el desempeño del papel de Petra. Al final del primer acto, cuando se presenta herida y casi desmayada con su traje de titiritera, demuestra la sorpresa y el terror que la produce el lujo que ve y el cariño y la solicitud que observa, con una expresión tan clara de aque-

llos diferentes estados del alma, que el público todo pronunció un murmullo de admiración en honor á la genial comediante. El cambio de tal estado al de la alegría promovida por la noticia de que su verdugo y explotador la deja allí á cambio de un puñado de billetes, fué obra asimismo de una actriz de primera magnitud. Las demás escenas, como eran de acción exterior, de movimiento, más que de expresión interior, no fueron de tanto mérito, aunque la primer actriz del primer teatro español las desempeñara con sumo acierto.

Fernando Díaz de Mendoza estuvo admirable en su papel de anciano, el primero, según creo, que ha representado con peluca gris. Al reconocerlo el público le aplaudió con sorpresa, cariño y alegría. A mí, que presencié la comedia desde la primera fila de las butacas, me pareció toda la noche un señor entrado en años. ¡Qué más se puede exigir que interpretar á la naturaleza humana! Nadie como el primer actor del Teatro Español pisa las tablas en España con tanta naturalidad y soltura y se preocupa menos del público. A pesar de que el papel de D. Justo es casi caricaturesco, según lo ha presentado el autor, Fernando Díaz de Mendoza supo mantenerlo en un estado entre lo cómico y lo serio, en que no había pensado seguramente su propio padre.

Bien la Martínez y la Cancio.

Los hombres estuvieron más deficientes que las mujeres; pero en general, puede decirse que representada por otra compañía, *Caridad* no hubiera obtenido la caridad del público.

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA: NINA LA LOCA, comedia en tres actos, escrita en prosa por Alfonso Danvila.

Resulta que *Nina la loca* es peor que *Caridad*.

Tengo para mí, como decía el maestro, que la benevolencia no está refida con la sinceridad, y ya que de sincera tiene fama esta REVISTA, es preciso hacer méritos para que la fama perdure, sin menoscabo de las consideraciones que se deben á los autores noveles y sin ocultarles los defectos de sus obras, porque si no se los señalásemos la benevolencia no aparecería por parte alguna. Para ser benévolo, hay que justificar la benevolencia demostrando al autor que se ha equivocado, pero que, en atención á que se trata de la primera comedia que escribe, á que es joven, á que quizá tenga condiciones de autor dramático..... es menester esperar..... andando.

Pero yo quisiera que los críticos de arte dramático de la prensa madrileña contestaran la pregunta siguiente: Si *Nina la loca* hubiese sido escrita por un autor desconocido en las letras, ¿la hubiera admitido la empresa de la Comedia, la hubiesen tratado con tanta benevolencia los revisteros, hubiera encontrado al público tan bien preparado para el aplauso? De ninguna manera; lo afirmo en absoluto; sin embargo, la benevolencia se imponía más en aquel caso que en el del Sr. Danvila.

Que me dispense el autor; *Nina la loca* es una obra muy mala, y puede el Sr. Danvila dar gracias á la educación del público, si llegó hasta el fin sin tropiezos mayores.

El primer acto es lánguido, soso, demasiado largo para la substancia que contiene. Lo que en él se hace y se dice cabe en dos escenas cortas.

Digan lo que quieran los psicólogos á lo pasivo, á lo *sangre de horchata*, al teatro hay que darle viveza y acción; sin estas condiciones primordiales, las obras resultan aburridas. Tanto los caracteres nebulosos, como los románticos, como los impulsivos, han de ser expuestos obrando, han de manifestar sus condiciones, con acción, que ella es la

vida. Puede admitirse la descripción, la palabra, la retórica en la novela; en el teatro, por ser una representación plástica de la realidad, los personajes no han de exhibirse describiéndose, detallándose, sino haciendo, obrando. En la vida real los actos, no las palabras, porque las palabras pueden ser falsas, manifiestan las condiciones físicas, morales y mentales de las personas, y como el arte teatral, por tener su representación en personas de carne y hueso, no de barro ni de color, es el arte más humano, ha de reunir, para llenar su fin y distinguirse de la escultura y de la pintura, la movilidad, ligereza y acción de la vida. Acusa poco estudio del arte teatral moderno, que evoluciona como la vida ó debe evolucionar como la vida, si no quiere morir, hacer comedias como se hacen novelas: oyendo hablar á las personas ó bien leyendo la descripción que de las mismas nos hace el novelista.

Y este acto primero tan ñoño podía tener interés exhibiendo en las tablas la justificación vivida, no hablada, de la separación del matrimonio. Al espectador se le entera, por lo que oye decir en la escena, de que los jóvenes esposos no viven en la mejor armonía; pero no se le convence con hechos de que existen suficientes motivos para separarse.

Con llevar esos motivos precisamente á la vista del público, el primer acto ganaba en interés, en movilidad, y hubiera justificado lo que al final ha de ocurrir, demasiado grave para que el espectador lo admita sin más explicaciones que el recibo de una carta, que puede ser de la querida.

Además, las madres no se portan como la de Mercedes en conflictos tan graves como el que estalla entre la hija y el yerno. La madre, sobre todo cuando se trata de su hija, es sentimiento, y la madre pintada por el Sr. Danvila parece una... tía postiza.

Porque el caso es ese: dos jóvenes esposos y ricos, con título nobiliario él, se aburren juntos á los dos años de casados; más exacto, el que se aburre es el marido; la mujer se desespera y decide marcharse. Al hacerlo, el esposo se opone y dice que quien se marcha es él, y se va á vivir con una prostituta de las de más baja condición moral. La madre apenas hace nada para evitar el rompimiento, y cae el telón del primer acto. Los dos restantes se desarrollan en casa de la mujer pública y pasan entre escándalos y borracheras. El marido se da cuenta de la bajeza á que ha descendido, y al final, aconsejado y preparado por la misma querida cuando está á punto de caer en brazos de otra tal (*La Lilt*), regresa al hogar doméstico.

Hay que convenir que, bien presentado en caracteres y en procedimiento escénico, el asunto no es capaz de dar lugar á tres actos de comedia. ¿Qué debía resultar con personajes tan mal delineados como los del Sr. Danvila!

Ricardo, que es el marido, resulta un niño inocente, que decide vivir con una ramera sin saber lo que hacía y sin conocer la vida de las prostitutas. Luego se extraña de que Nina sea tan ordinaria y de que tenga un hermano borracho que le tutea. ¡Cabe más inocencia! Para hacer lo que hizo, para dejar la mujer propia por una prostituta pública, Ricardo había de tener otros antecedentes, había de ser, cuando menos, un señorito chulo y juerguista. Pero en este caso, el autor debía presentarle familiarizado con la vida del escándalo y de la borrachera, y en lugar de devolverle regenerado en brazos de su mujer, debía hundirle más en el vicio por la influencia del ambiente, vigorizada además por los antecedentes.

Eso es lo que pasa en la vida real. Mas desde el momento que el autor nos presenta un joven que no está moralmente pervertido, que de soltero había hecho vida morigerada y capaz para regenerarse, no debía unirlo con una prostituta de la clase ínfima, ni

siquiera con estas mujeres de modales distinguidos que ejercen la profesión de grandes queridas; debía presentarle haciendo vida marital con estas otras que son queridas de un hombre casado, porque les aman y no quieren de ellos más que la dicha. Eso es lo que correspondía á cada uno de los dos estados morales que he presentado.

* * *

Una mujer que espera en coche á su amante, que lo es de un joven Barón; una mujer que obliga moralmente á su querido á que abandone la esposa joven, rica, hermosa é instruída; que adquiere joyas de veinte mil reales y tiene por peluquero á un francés de los más notables en el género, no puede hablar el lenguaje que algunas veces habla Nina, propio no ya de *golfas*, no ya de prostitutas de profesión, sino de las rameras más abandonadas.

Nina no tiene dos personalidades en su cuerpo, como dice ella hablando á lo doctor en psicología, sino cuatro. A veces discurre como una niña cursi, otras como una joven romántica, las más como una prostituta soez, sin que le falte su poquito de histerismo. Aquélla no es una mujer pública; Danvila no conoce esta clase de mujeres ni ha sabido adivinarlas. En ellas únicamente hay que admitir dos cosas: vulgaridad y corazón. A pedirla raciocinio, cursilerías, desplantes intelectuales, no hay que ir á la mujer de la altura profesional de Nina. Hay que ir en las que ejercen la profesión de querida de alto rango. Nina tiene de todo, sin tener nada propio, sólido, bien determinado.

Será ó no natural que mujer como Nina tenga tantas humanidades en su cuerpo, pero el hecho es que al público, que es quien representa mejor la naturaleza humana, le extraña aquel amasijo psicológico y aquella variedad de carácter y le es imposible comprenderlo.

* * *

Lo que merece alabanzas en *Nina la loca* es el procedimiento teatral, en la parte puramente intrínseca. El Sr. Danvila ha desterrado de su obra los monólogos, los apartes y lo que no sea naturalidad y sencillez.

En la aparición á la escena del hermano de Nina hay algo que objetar, porque es impropia. El hombre que saca dinero de las mujeres públicas, sea su padre, su hermano ó su *valiente*, no entra en la casa *sagrada* mientras está en ella el querido pagano. En *Nina la loca* sucede cosa peor. Momentos antes se querellan Nina y Ricardo, porque al último le han dicho que habían visto á Nina pasear con un hombre. Nina replica que era su hermano. Aparece después la predera y entera á Nina que su hermano espera dinero en la taberna de enfrente. Se enfurece la *niña* temiendo que si sube se escandalice Ricardo de hermano tan perdido y tan *curda* (pues ya la lleva encima), y después Nina misma lo llama y lo hace subir al piso, habiendo el Barón en la casa.

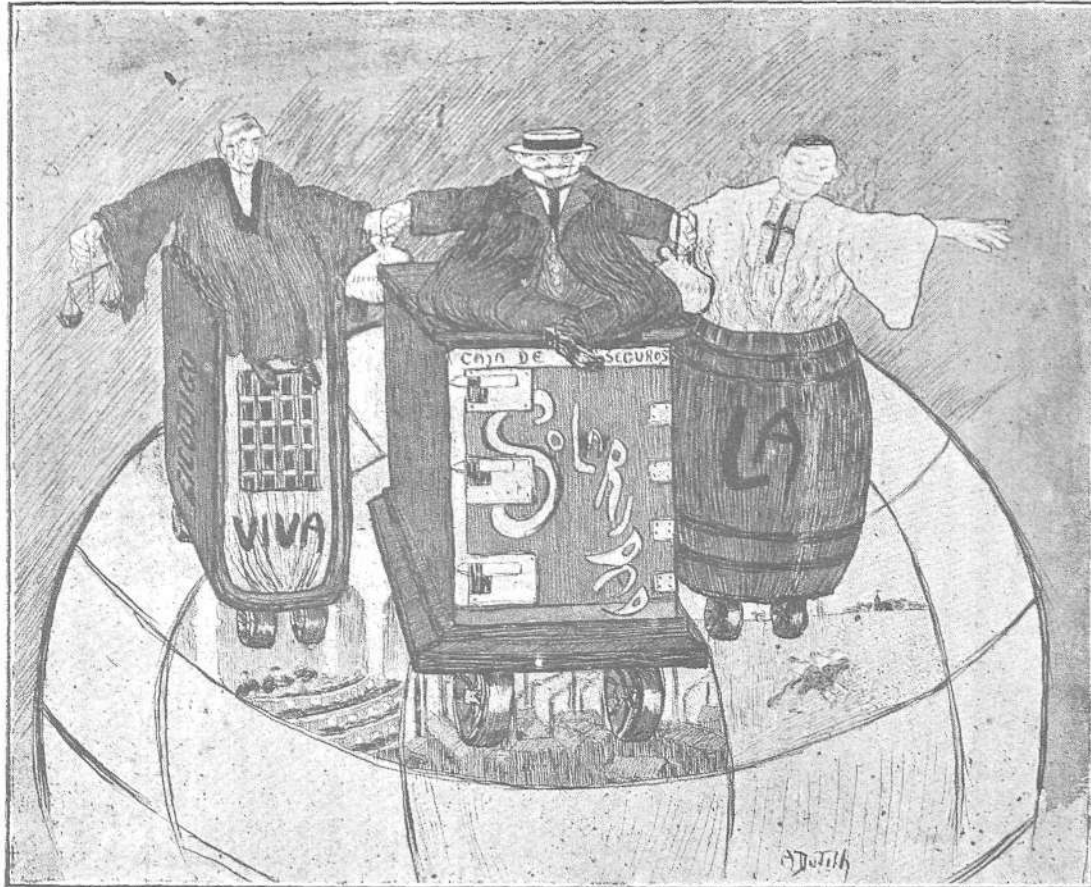
* * *

He dicho en otras ocasiones que la compañía de la Comedia es una gran compañía, y aunque en *Nina la loca* los actores no podían hacer cosa mayor, el desempeño de la referida obra fué superior por parte de Matilde Rodríguez y de Rosario Pino, que es gran actriz cuando habla y cuando escucha, mucho más difícil.

Morano y Tallaví, muy bien; el último me hubiera gustado más con un poco de gracia en el vestir y en los movimientos. Podrán ser borrachos, pero graciosos también lo son los chulos.

ANGEL CUNILLERA

Alianza macabra.



El fenómeno Lombroso

(CONCLUSIÓN)

Ya hemos visto á Lombroso como médico. ¿Queréis conocerlo como experimentador? El pretende haber comprobado en su observación de los criminales—al contrario de lo que sucede normalmente—que prevalece el miembro maldado. Y encuentra una demostración palmaria de esto en la experiencia siguiente: se sugiere á un hombre en estado normal, colocado en el de hipnotismo, que él es un bandido, y bien pronto su proceder se modifica en el sentido indicado por Lombroso (1). Al primer golpe de vista se comprende todo lo que hay de erróneo dentro de esta experiencia: el hipnotizado á quien se ha sugerido que es un bandido, no adquiere mágicamente, *ipso facto*, la naturaleza de tal acciona simplemente conforme á la representación que él se hace de un bandido. Tal experiencia, pues, no puede enseñarnos nada nuevo acerca de las ideas del hipnotizado, y menos aún respecto al carácter del bandido. Y esto que las cifras dadas por Lombroso como resultado de su experiencia, confirman además: que hay más grandes desvíos entre la manera de andar un sujeto que en la marcha normal del hombre y la del delincuente (suponiendo exactas las noticias de Lombroso), así el desvío lateral derecho, siendo el medio de 5,46 centímetros, en el hombre sano, y de 7,4 en el criminal, es en el sujeto en estado normal de 7,5 y después de la sugestión, de 12,8; el paso izquierdo, que mide 63 centímetros en el hombre normal y 72 en el criminal, es en el sujeto, respectivamente, de 66 y 88,5. Es fácil deducir, después de vistas estas cifras, lo que ha sucedido, el sujeto ha imitado el andar característico de los bandidos de opereta, que llegan al escenario con aire siniestro, moviendo los ojos de un lado á otro y dando pasos enormes.

Esto es muy cómico; pero Lombroso no tiene la menor conciencia de su propio ridículo; él ha repetido esa experiencia bajo diferentes formas. Con ocasión de la escritura de los criminales, en su pequeño manual de grafología, fiel á su costumbre de abultar sus libros nuevos, reproduce textualmente largos fragmentos de sus libros viejos.

Terminaré el análisis de los materiales empleados por Lombroso para construir sus teorías demostrando cómo escribe la historia. He aquí, reproducido íntegro, el párrafo que consagra á Villón en *El hombre criminal*: «Villón, poeta y ladrón, pintaba sus dos cualidades opuestas en sus dos poemas, *Dos testamentos*, y en su *Santo Fargón ó Fabelin*, compuesto en *argot* (jerga), en que los protagonistas son ladrones. Este fué el primer poeta realista, y en medio de los más tristes vicios deja entrever la afección para su madre y para su patria. Condenado á muerte, escribió otro poema, el *Epitafio*, del cual es esta cuarteta:

Je mis français, dont ce me poise,
Né de Paris emprés Ponthoise,
Or d'une corde d'une toise
Saura mon col que mon seul poise. (2)

(1) *El hombre criminal*, tomo I. pág. 345.

(2)

Yo soy francés, y esto me aflige,
Nacido en París cerca Ponthoise,
Pues de una cuerda de una toesa
Saltará mi cuello que á mí solo allige.

que es una prueba curiosa de la indiferencia de los criminales delante del suplicio. En su *Grande testamento* describe la vida de las prostitutas y se pinta á sí mismo como sátiro, con indignos detalles en que el fondo de la moral es este:

No hay más deber que es vivir á su gueto,

pero que para nosotros son preciosos para demostrarnos la completa analogía entre la prostitución y el crimen:

(1) Je suis paillard, la paillarde me cont:
L'un vaut l'autre; c'est á mon chat son rat;
Ordures avons et ordures nous suit,
Nous deffuyon honneur et il nous fait
En ce bourdel on tenons nostre état. (2)

Esto ya no admite comentarios: llevadas á este extremo la tontería y la inconsciencia, forman algo completo y absoluto que hace inútil todo análisis.

Yo podría multiplicar hasta el infinito tales ejemplos; un gran número de los *documentos* que Lombroso emplea son de esta fuerza. En realidad *él no sabe ni leer*; sus citaciones son incompletas ó alteradas: es materialmente imposible que haya leído todas las obras que cita; debe haberlas recorrido rápidamente, y su atención se ha parado aquí y allá por los vocablos, por una frase donde ha visto una confirmación de su idea fija. Poco le importa que el conjunto de la obra, las conclusiones del autor contradigan su opinión; esto no le tiene ninguna cuenta. Si se encuentra en presencia de diferentes originales, él va de instinto á los que son menos ciertos. Podría acusársele de estar desposeído totalmente de probidad científica, si no fuera que miente de una manera tan torpe que hace que se engañen los otros y engañarse á sí mismo tan cándidamente, que se le puede difícilmente atribuir la intención de no decir toda la verdad; él no la dice, tan subyugado está por sus ideas delirantes. Le obsesionan sus locos sueños y no es capaz de comprender los hechos en su realidad inmediata. Si uno quiere clasificarlo por sus propias teorías, él es incontestablemente un *mattoide*. Y su pasaje de *El hombre de genio* (3) se le puede aplicar exactamente, lo mismo que á sus obras: «... la analogía que los *mattoide* presentan con los hombres de genio, donde ellos guardan solamente los fenómenos morbosos, y con los hombres sanos, donde ellos tienen la habilidad y el sentido práctico, débese aconsejar la desconfianza contra ciertos sistemas que pululan, sobre todo dentro de las ciencias abstractas ó inciertas, merced á que hombres incompetentes ó extraños á este asunto las abordan: las declamaciones, las asonancias, las paradojas, las concepciones, muchas veces originales, pero siempre incompletas y contradictorias, y tienen lugar los razonamientos pacíficos, basados en el estudio minucioso y en la calma de los hechos. De tales bríos son casi siempre las obras de los charlatanes involuntarios, que son

(1)

Yo soy liviano, la liviana me seduce.
Lo uno vale lo otro; este es á mi gusto su catóe;
Basura tenemos y basura nos sigue,
Huimos del honor y él nos deja
En este infierno á todo e tenemos nuestro estado.

(2) Yo certifico de nuevo á los lectores (es preciso tener precaución, porque la cosa parece apenas creíble) que tradusco literalmente y que reproduzco el pasaje de la *Ballada de la Grues Margot*, tal como la da Lombroso, es decir, con los errores y las omisiones que saltan á la vista.—*Nota del Autor.* (1)

(3) Pág. 401.

(4) *Bourdel* en francés vulgar quiere decir casa de prostitución y se aplica comunemente á todo lo sucio y repugnante. Pero traducir *bourdel* por casa de prostitutas no es, á mi parecer, su verdadera significación, y por eso he escrito *infierno*. Lo que hay es que Lombroso lo interpreta mal, como lo demuestra el autor de este artículo.—*Nota del traductor.*

los *mattoide*, donde la difusión en el mundo de la literatura es mucho más grande que se cree generalmente.»

Un retrato muy fiel en todas sus partes, ¿es verdad? *Charlatán involuntario* entre otras: es un hallazgo; Lombroso no había sabido caracterizarse mejor en dos palabras. ¡Qué inconscencial! Esto hace creer que jamás ha dado vueltas sobre él mismo y que sus libros no los ha leído más atentamente que los libros de otros.

*
**

En resumen: Lombroso no sabe leer, ni observar, ni experimentar, ni razonar, en fin; habiéndose dado á la pobreza de su inteligencia, la cuestión de probidad científica no puede ser indigna á su propósito. Incontestablemente, Lombroso no es un sabio, y ningún verdadero sabio lo reconoce como tal. Su éxito no se deriva, pues, del carácter de verdad que encierran sus doctrinas. Es preciso buscar las causas dentro del mismo público que acepta sus teorías; ¿qué representa Lombroso á los ojos del público? ¿Qué es lo que él ha llevado al público que le atendía? ¿Qué tendencias modernas parecen sus obras justificar? Tal es el problema central del caso Lombroso.

II

La psicología del lector moderno está por hacer aún: psicología compleja, en verdad! El lector moderno no es un tipo simple, único. Es un sér multiforme, gira sin rumbo, igual que la veleta de un campanario: El lector moderno se llama legión. El lector de otro tiempo pertenecía á una clase escogida, era un hombre instruído, serio, paciente; leía menos que se lee hoy día, pero leía mejor. La gravedad, la calma, la profundidad del lector de otro tiempo, aquel que meditaba sobre los grandes infolios á la dulce claridad del interior de los despachos, está olvidado desde hace mucho tiempo. ¡El periodismo lo ha matado! Hoy día, el lector capaz de leer una obra científica ó literaria que requiera mucho aliento, es un sér nervioso, va siempre de prisa y no tiene otro ideal que el de leer muchas páginas en el más corto espacio de tiempo posible: él quiere comprender rápidamente, de un golpe de vista, toda la síntesis de la obra; está habituado á leer tantos libros, que, sin cesar, encuentra las mismas concepciones con insensibles variantes de expresión: él las reconoce, y en seguida busca otro.

Pero los estragos que ocasiona la sobreproducción de libros no son nada, comparados con aquellos que resultan de la multiplicación de diarios. Se horroriza uno al pensar que la mayoría de las gentes que saben leer—no sólo dentro de la clase proletaria, sino también, y sobre todo, dentro de la burguesía—no tienen por principal objeto de lectura más que el periódico... ¡el periódico!, es decir, un hacinamiento de hechos inexactos ó puramente inventados; de consideraciones políticas absurdas ó mentirosas; de informaciones que dimanan casi siempre de personas incompetentes; de literatura de baja estofa, escrito todo lo más malo posible. La lectura diaria de un periódico acostumbra el espíritu á la impresión de ideas, á la superficialidad de razonamientos, á no saber crítica, á la vulgaridad de sentimientos y á la simpleza del estilo. Es éste uno de los medios más poderosos de embrutecer que posee nuestra civilización.

Nunca insistiremos bastante sobre este punto, porque, merced al periódico, las teorías nuevas ó los descubrimientos científicos no llegan á todo el público más que de segunda ó tercera mano, incompletas y disfrazadas completamente. Dentro del dominio intelectual como en el económico, entre el productor y el consumidor, existen hoy día muchos intermediarios que son verdaderos parásitos sociales. El periodista, careciendo

de cultura y de tiempo, no puede sacar sus noticias directamente de los manantiales; él se dirige á los «vulgarizadores», que se encargan de poner la ciencia á la altura de todas las inteligencias mediocres y de gentes deseosas de procurarse ese barniz de saber que es suficiente á hacer pasar un hombre por erudito dentro de los salones. Los libros de estos «vulgarizadores» tienen muchos más lectores que los de los verdaderos sabios: ellos forman el principal pasto intelectual de la burguesía *instruida*. Estos son los libros favoritos de la mayor parte de las gentes que ejercen las profesiones llamadas liberales. *Fuerza y Materia*, de L. Büchner, por ejemplo, contiene todas las ideas filosóficas generales donde se ilustran la inmensa mayoría de los médicos; á uno de éstos le escuché decir que este libro jera «su evangelio»!

Los «vulgarizadores» son un producto del periodismo, donde ellos toman los procedimientos y el estilo: la lectura de sus libros no reclama más inteligencia ni reflexión que la lectura de un diario, sólo simplemente un poco más de tiempo. Los «vulgarizadores» son superficiales y ligeros, hábiles y brillantes; quieren simplificar todas las cosas, todo en ellos es fácil á comprender y nada exige una grande tensión de espíritu; los problemas más complejos son resueltos sin ningún esfuerzo por esos prestidigitadores que no tienen otra ocupación que escamotear diestramente; ellos no se desdennan tampoco en distraer y divertir á su lector, y aquéllos los dejan contentos de ellos y de él mismo.

Uno lo ve: aquí encontramos los caracteres que hemos visto en Lombroso. Los procedimientos de éste son los mismos que usan los vulgarizadores: la misma ausencia de crítica, poco más ó menos; las mismas falsificaciones de problemas, y el mismo lenguaje. Solamente así Lombroso propaga sus propias ideas. ¿Qué hay de extraño en aquello? ¿No son ellos, por sí mismos «vulgares»? ¿No son ellos, por ventura, la expresión de las opiniones que andan por las calles? ¿No son ellos, por ventura, la expresión del «hombre mediano», del «hombre normal», aquel donde el horizonte intelectual es limitado; el conservador, el «misonesta», el sér que ve dentro de la satisfacción de sus deseos materiales el más grande manantial de felicidad?

El lector de periódicos ama por instinto á Lombroso: siente en él un aliado, un hermano, un defensor; Lombroso lo eleva, lo glorifica, lo incienca; los genios son degenerados, y los mediocres los hombres sanos. ¿Qué gozo debe experimentar el lector de periódicos cuando su situación le permite leer las obras mismas de Lombroso!... Como él está bien preparado, piensa comprenderlas; cómo él entra de lleno dentro de su espíritu, cómo él descubre sus propias ideas, hasta entonces inconscientes, pero que se le esclarecen al pronto y todas de un golpe se dilatan. Lombroso ha aprovisionado á una multitud de gentes de ideas correspondientes á su deseo: él los ha realizado dentro de su propia estima y les ha dado pretexto de admirarse ante ellos mismos: en esto descansa el secreto de su popularidad.

III

El odio á todo cuanto eleva, se distingue, se personaliza, es uno de los rasgos más característicos de nuestra sociedad burguesa. Ese odio se halla por todas partes, bajo todas las formas, en todos los grados: no es menos permitido vestirse al contrario de la moda corriente que poseer ideas de sí mismo. La tendencia dominante está al nivel de la objetividad: los eunucos reinan. Es preciso estar conforme ó parecerlo, bajo pena de pasar por un «original», el título más peligroso que uno puede llevar hoy día. Un «original» es tanto como decir un loco. Lombroso no titubearía, y bien pronto

él respondería: ¡es un loco! ó mejor, un *mattoide*. El *mattoide*, invención de Lombroso, es el sér que más se aproxima á la locura: para Lombroso, éste es, en el fondo, una especie de loco; pero que no es bastante loco para que sea necesario recluirlo en una casa de alienados: si no escandaliza aún los paseos no es del todo peligroso, pero puede llegar á serlo si se presta atención á sus discursos: él no tiene el cerebro en orden; *él no piensa como todo el mundo*; por otra parte, él tiene la lengua desatada, él es capaz de reducir, de convencer, de subyugar los «hombres normales» que, según las teorías de Lombroso, no son de los más malos. El hombre normal, en efecto, «no es el letrado ni el erudito: es el hombre que trabaja y come (1)». Reflexiona poco, los grandes problemas humanos no le preocupan mucho: es un sér inerte, conservador por esencia, misonetista. «El hombre natural, eternamente conservador, no habría jamás progresado sin la combinación de circunstancias extraordinarias que lo ponen dentro de la necesidad de soportar el dolor de la innovación para aliviarse de otros dolores más grandes, y de la aparición de algunos hombres singulares como los locos de genio y los *mattoides* que, teniendo por su organización normal un altruismo exagerado y una actividad cerebral superior á muchos de nuestros contemporáneos, adelantan los acontecimientos, entrañan las innovaciones..... (2). Tal es la manera de pensar de Lombroso con respecto á la filosofía de la historia.

Así el hombre mediocre es proclamado el único sér normal y razonable. De una manera muy deshonrosa para él, en verdad, puesto que en debida forma reconoce que no ejerce sobre otro ninguna acción, que vive sobre firme, encenagado en un pantano toda su vida. Pero ¡qué importa!; él declara que es saludable encenagarse dentro del pantano, que es una virtud, un deber social, y los que tratan de apartarse del fango son locos. Con todo esto el hombre mediocre puede estar orgulloso de sí mismo, ninguno en adelante es superior á él. Estos genios, que no ha mucho le obligaban á respetar, son más bajos que él en personalidad; él los puede despreciar y mirar sus obras con aire indulgente, como los productos de imaginaciones enfermas y de cerebros cascados.

La estrepitosa alegría del triunfo de los mediocres, disimula, sin embargo, una inquietud; los genios, los apasionados, los revolucionarios son de todas maneras los más fuertes y los mejor dotados; á pesar de todo, el pueblo reconocerá su ascendiente y será entrañado por ellos. Si ellos han podido, despreciando los obstáculos que habrían espantado á todo frío calculador, pasar por encima de todo, acelerar durante siglos enteros el esclarecimiento de la verdad (3), ellos lo pueden aún. ¿Cómo garantizar contra el hombre normal?

He aquí que la utilidad práctica de las teorías de Lombroso, con respecto á la epilepsia, aparece. La asimilación del criminal nato al epiléptico (y la mayor parte de los criminales pueden pasar por natos, gracias al sistema de Lombroso), la naturaleza *epileptoide* de criminales por pasión, de revolucionarios, de genios y de otros análogos, prevén los medios de defensa social, excesivamente simples y de una aplicación cómoda. Lombroso da este argumento de indicaciones bien claras en su libro *Los Anarquistas*: «La represión violenta—dice—comete el error de enorgullecer á los anarquistas, de hacerles creer que ellos pesan sobre los destinos de los pueblos...

... Al contrario, internarlos dentro de casas de locos, al menos á todos aquellos

(1) *El hombre de genio*, XX LV.

(2) *El hombre criminal*, 167.

(3) Esta singular confesión está hecha por Lombroso: *El hombre de genio*, pág. 493.

que son epilépticos ó histéricos, sería una medida más práctica, especialmente en Francia, donde el ridículo mata. Porque los mártires son venerados, mientras que los locos causan risa, y un hombre ridículo no es jamás peligroso (1).»

Observad bien cómo Lombroso se da por entendido, llevando hasta lo infinito los límites de la epilepsia, de manera que pueda introducir el primer caso que llegue; la falta de previsión de sus diagnósticos vuelve el sistema que preconiza de una aplicación larga y fácil.

He aquí algunas medidas policíacas que todos los Estados podrían, según él, tomar, de común acuerdo, contra los anarquistas: «La fotografía, en general, de los partidarios de la anarquía militante, la obligación internacional de señalar los cambios de personas peligrosos, el envío á los manicomios de todos los epilépticos, maniacos y *mattoides* sospechosos de anarquismo—medida más sana que lo que se cree al primer momento;— la secuestración perpetua de los individuos más peligrosos, apenas hayan cometido un delito de derecho común, tanto como sea posible, en las islas de Oceanía; la demostración bajo forma popular y anecdótica, esparciendo en millares de ejemplares llenos de sus absurdidades, la orden de dejar manifestar las poblaciones libremente contra ellos, aunque fuera por la violencia; crear una verdadera leyenda antianarquista popular dentro del ambiente mismo que ellos frecuentan y seducen más.»

Se ve que Lombroso merece ser puesto en la categoría de los más firmes sostenedores de la sociedad. El no retrocede ante ningún medio, aunque sea el más ilegal, por salvarla, de acuerdo en ello con los gobiernos. Pero su idea favorita, la más... genial es, seguramente, aquella de enviar á los manicomios toda la gente que sirve de estorbo para la digestión tranquila de los hombres normales. Por eso esta idea ha sido bien acogida y con entusiasmo por la mayoría de los burgueses; ella permite desembarazarse de los revolucionarios de una manera definitiva y, además, filantrópica. ¡Hasta hoy han llenado las prisiones de pobres enfermos que serán cuidados con solicitud y ternera! Se les apartará delicadamente del organismo social, y se les meterá en un *in pace* el resto de su vida, en cualquier lado, bien separados del mundo. Se les ahorrará también á esos infortunados la pena de cometer ninguna infracción á las leyes vigentes; se les colocará desde que se manifiesten en ellos esos signos de degeneración que los libros de Lombroso permiten reconocer tan claramente. ¿No es verdad que hay nobleza y generosidad en esta idea?

IV

Si la influencia de Lombroso fuera tan profunda como está extendida, habría necesidad de hablar del *peligro Lombroso*. Felizmente, no hay nada. Sus errores son demasiado groseros, su incapacidad intelectual flagrante en demasía para que pueda extrañar los espíritus serios.

Como ya he dicho, su influencia sobre los verdaderos sabios es nula: hace mucho tiempo que lo absurdo de sus teorías está tan claro como la luz del día (2). Los mejores psicólogos modernos citan apenas su nombre y le dedican pocas palabras. Y tocante á su éxito dentro de la burguesía, los hombres mediocres, los periodistas, nó es inquietante sino por sus efectos actuales, no podrá haber consecuencias en lo futuro, porque todas esas gentes no ejercen, confesión de Lombroso, ninguna acción sobre la marcha

(1) *Gli Anarchici*, 2.ª edición, páginas 100-101. —Una excelente refutación de este libro ha sido hecha por R. Mellá: en *Lombroso y los Anarquistas*.

(2) Principalmente, por Mendel, por Hirsch (*Genie und Entartung*), por el "r" Toulouse en su concluyente libro sobre *Loda*, etc.

de los sucesos y no pueden impedir el «esclarecimiento de la verdad», debido, como lo hemos visto, ¡a los *mattoïdes* de todas especies!

Dentro de cincuenta años, las teorías de Lombroso habrán desaparecido sin dejar ningún vestigio: entonces, sin duda, el historiador le reconocerá un mérito: el de haber provocado numerosas discusiones, de haber removido las ideas, hacer surgir los contradictores, atizar vivamente la atención sobre cuestiones de una grande importancia social. Lombroso ha sido uno de los primeros en sentir que todo el derecho penal está construido sobre falsas bases, que es absurdo condenar a los criminales en virtud de la naturaleza y de los efectos de su crimen, que el grado de responsabilidad varía considerablemente de individuo a individuo. El «criminal nato» existe realmente, pero Lombroso no lo ha definido suficientemente, y lo da en seguida como mucho más frecuente que lo es en verdad.

El error mismo es, por cualquier lado, secundo: franco y brutal, es menos peligroso que la mentira hábil que puede por mucho tiempo pasar como una verdad científica. Bajo este punto, Lombroso no es ciertamente un mediocre: el error toma en él proporciones enormes, se engaña de una manera grande y con desahogo; una vez que ha penetrado dentro de un camino, va derecho adelante y no se deja detener por nada; es entero y tiene el coraje de su tontería. Tanta obstinación, tal ceguera, desconciertan. Pasaría uno por su lado sin detenerse, no se daría ni siquiera la pena de combatir sus teorías, si no fuera porque la porción más despreciable de nuestra sociedad se ha amparado de ellas y las esgrime como un instrumento de reacción.

JACQUES WERNIL

(De *Mercure de France*.)

(Traducido por J. Pons Vilaplana.)

ANTOLIN

(DE LA OBRA DE ESTE TÍTULO)

Ante el juez:

—Levantaos. Se os acusa de haber dado muerte con una pesa al llamado Jean Catrefois. Habéis entrado en casa de la víctima, os apoderásteis de un pan de cinco céntimos y como el llamado Catrefois, que estaba detrás del mostrador, se apercibiera de vuestro robo y pretendiera quitaros el pan, habéis cogido de sobre el mostrador una pesa y con ella dísteis muerte a Catrefois aplicándole repetidos golpes en el cráneo, hasta dejarle tendido, y en seguida os entregásteis a la fuga, pretendiendo eludir la acción de la justicia, pero fuisteis cogido á los pocos metros, ¿es verdad?

—Todo lo que habéis dicho es perfectamente cierto.

—¿Qué tenéis que alegar en defensa vuestra?

—Todo y nada.

—¿Tenéis algún motivo especial contra vuestra víctima para proceder como lo hicisteis?

—Absolutamente ninguno.

—¿Confesais, pues, que dísteis muerte sin motivo alguno ostensible al llamado Catrefois Jean, propietario de la panadería *Le Trimard*?

—Como gustéis, si eso os conviene; pero debo advertiros que nadie hace nada sin

motivo, ni aun los locos; el panadero quería quitarme el pan y yo lo defendí; hacía dos días que no comía, pude más y le vencí; he ahí todo; por lo demás, no tuve intención de matarle.

—(*Con interés.*) ¿Cómo? ¿Pretenderéis acaso que el pan era vuestro y que la víctima no tenía derecho á defender lo suyo?

—Yo también tenía derecho, señor juez, y más que derecho, el deber, la obligación imperativa y absoluta de defender mi vida: aquel pan era mi vida.

—Pero no era vuestro.

—Yo no tengo nada mío, sino mi vida y el deber de defenderla; si no comía, me exponía á perderla. El Sr. Catrefois, á quien, os lo repito, no tuve intención de matar, no perdía la suya al perder un pan de cinco céntimos.

—Pero él hacía uso de un derecho sagrado y perfectamente legal al defender la propiedad de su pan y...

—Yo también, señor juez, hacía uso de un derecho perfectamente legal y no menos sagrado que el del Sr. Catrefois al defender mi existencia.

—¿Pretenderéis acaso que vuestra existencia dependía del pan del Sr. Catrefois?; él no estaba obligado á manteneros; aquel pan no era vuestro.

—Mi existencia dependía del alimento y yo no tenía ninguno, ya os he dicho que no tenía nada mío, y yo tampoco estaba obligado á respetar y cuidar los intereses del señor Catrefois. El hacía su deber y yo el mío.

—¿Sois insolente!

—Soy lógico; me preguntais, respondo; si preferís que calle, me es absolutamente igual; soy indiferente á este asunto.

—¿Por qué no trabajábais, puesto que sois joven, sano y robusto?

—Os consta, señor juez, que antes de apoderarme del pan de sobre el mostrador, pedí trabajo al Sr. Catrefois, solicité ser aceptado para cualquier ocupación sin más salario que la comida y el permiso de dormir en la cuadra; rehusó, le rogué me diera un socorro, ún poco de pan, y rehusó también, abrumándome con insultos y amenazas; la esposa de él estaba presente y así lo ha declarado. Muchas otras personas de quienes en vano solicité empleo, una ocupación cualquiera ó un socorro, me negaron uno y otro; todas han declarado que es cierto que las he pedido ambas cosas y que me las negaron. Vos mismo, señor juez, me despedisteis con palabras poco amables y bastante malos modos, cuando, acordaos, el 3 de junio fuí á vuestra puerta á rogaros me hiciérais aceptar en las fábricas de vuestro yerno, á quien también pedí una ocupación que me negó.

—Estaba en su perfecto derecho de rehusar.

—No ós lo niego.

—En cuanto á mí, permitid que os diga que yo no puedo proporcionar trabajo á todo el mundo, bastantes vienen á fastidiarme; cuando puedo lo hago; pero no á todos.

—Así me lo habían asegurado; sabía que rara vez negábais un favor de esa clase; por eso fuí á molestaros, y si insistí aun á riesgo de impacientaros...

—(*Con dulzura.*) No, es que era la hora en que yo debía estar en la Audiencia y eso hizo que yo quizá...

—No os reprocho; estábais en vuestro derecho; sólo hago constar los hechos.

—(*Con acento paternal.*) Pero vos no tenáis derecho á matar; la vida de un hombre es sagrada; ¿no lo sabíais?

—¿Es acaso que yo no soy hombre? Mi vida no es menos sagrada que la de cualquier otro y para mí lo es mucho más que la de todos los demás.

—¡La ley prohíbe matar!

—Pero no prohíbe vivir; yo deseaba y deseo vivir; tenía derecho á ello.

—Pero no á costa de los demás.

—No, ya lo sé, á costa del propio trabajo, aunque pocos son los que así lo hacen.

—Y entonces, ¿por qué robásteis, por qué matásteis?

—Ya lo sabéis bien; yo soy quien podría preguntar: ¿Por qué me negaban los medios de ganarme el sustento? ¿Por qué rehusaban darme trabajo? Vos sabéis, señor juez, que yo quería trabajar; ¿acaso debí dejarme morir de hambre?

—Nadie puede dar lo que no tiene, ni está obligado á perjudicarse en sus intereses. ¿Si no os necesitaban, cómo queríais que os ocuparan? ¿Qué puede importar á los demás hombres vuestra suerte y vuestras necesidades? La vida es así; es preciso ser fuerte.

—Tenéis razón; vos lo decís, ¿qué puede importarme á mí de los demás? Es preciso ser fuerte; yo lo fui, y ya véis bien las consecuencias.

—El Sr. Catrefois tenía cinco niños pequeños, y por cinco céntimos...

—¿Y qué podrá importarme eso? Por lo demás, os lo repito, yo no quise privar de su padre á esos niños, quise comer; un pan de cinco céntimos no le hubiera arruinado. ¿Si yo hubiera tenido cinco céntimos! No los tenía, pero tenía hambre; así pues, necesitaba comer. Quise hacerlo apoderándome de aquel pan que tenía ante mi vista y al alcance de mi mano, lo cogí, y el dueño de él me atacó, y estaba en su derecho; hizo bien; yo también estaba en el mío y me defendí; hice mejor. Yo fui más fuerte, y vencí: es lógico. En cuanto al valor del robo, no creo que me reprochéis su insignificancia; cuanto mayor fuera el valor de lo robado, mayor sería mi delito, y también mi castigo, y mayor la razón de mi víctima á oponerse á mis deseos. Además, yo no necesitaba por el momento más que aquel pan; él bastaba para aplacar mi hambre; yo, ya os lo he dicho, robaba para comer, para conservar mi existencia, y no para sacarla lujosa ó agradable; no he llegado á tanto; nunca fui ministro, ni siquiera diputado.

—(Con tono ofendido.) Tened cuidado con lo que decís; estais proclamando la ley del fuerte y ésta puede caer sobre vuestra cabeza.

—Ya ha caído; yo no la temo.

—(Con curiosidad.) ¿Proclamais la fuerza contra el derecho?

—No; el derecho de la fuerza y la fuerza con el derecho. Y observad, señor juez, que sois poco lógico; si no tuviérais la fuerza, esa fuerza que la sociedad pone á vuestra disposición cuando os encarga de juzgarme, ¿en nombre de quién lo haríais? ¿Cómo me impondríais vuestra razón? Todos los hombres tienen razón, señor juez, y yo soy más fuerte que V. S., bien lo véis.

—(Con fastidio y sacando una caja de rapé.) ¿Estais arrepentido? ¿Sabéis qué castigo os aguarda?

—(Con sorpresa.) Arrepentido? ¿Por qué había de estarlo? Lamento haber perjudicado á los niños, hijos de mi víctima, porque ellos de nada tenían culpa; pero aunque, como os dije, yo no tenía intención de dar muerte al Sr. Catrefois, no estoy arrepentido; me limité cuando cogí el pan, á querer huir; atacado, me defendí repeliendo su agresión á mi persona como él repelía la mía á sus intereses; siendo yo el más fuerte, le vencí, y es natural. ¿Cómo queréis, pues, que esté arrepentido? Tanto valdría eso como desear mi propia muerte ó lamentar que mi víctima no me haya muerto á mí; si eso hubiera deseado, si hubiera preferido mi muerte á la suya, no habría tenido necesidad de robar ni de molestar á nadie, ni siquiera de venir á daros trabajo; me era suficiente arrojarme hajo las ruedas del tren ó desde el muelle al mar; pero no, yo soy joven, y

como joven, robusto y sano; tenía y aún tengo deseos de vivir, amo la existencia, y me agrada luchar para vencer, no para ser vencido. ¿Cómo queréis, pues, que esté arrepentido?

Sé que me aguardan largos años de cárcel, porque la sociedad es así: desprecia al suicida, al vencido, y hace bien, porque ese burla la vida y ultraja la Naturaleza; burlando las leyes de la existencia, la insulta; pero en lo que la sociedad no hace bien ni tiene razón ni derecho de hacer, es castigar al fuerte, al valiente, al luchador que sale victorioso. Es la ley de la mediocridad; el código de los llorones de la filosofía lacrimosa que apesta horriblemente á suspiros y proclama el gemido y la conformidad de los estúpidos. Es la ley de la hipocresía; el auge de la farsa, el apogeo de la cobardía.

¿Creeís que si todos los que lloran, suspiran, rezan, imploran y se lamentan fueran como yo habría tantas miserias? El oficio de rico presentaría entonces muchos peligros y tendría pocas ventajas.

Lo único que lamento es la pérdida de mi libertad; pero me consuelo con la esperanza de la evasión. En todo caso no ha de faltarme qué comer ni techo bajo el cual dormir. Comeré todos los días y dormiré todas las noches, siquiera sea poco y mal. Y estad persuadido que los malos tratamientos no he de sufrirlos, os lo aseguro, tengo fuerzas, ya lo veís. Y reparad, señor juez, en una cosa. Hombre honrado, honesto y trabajador, lleno de vida, de energías, de vigor y de fuerzas; sin un mal antecedente en contra, la sociedad me negó un techo y un poco de pan; ladrón y asesino como soy ahora, no sólo se apresura á proporcionarme ambas cosas, sino que malgasta su tiempo y su dinero en investigar inútilmente por cuánto tiempo ha de proporcionarme esos beneficios que negaría á un padre de familia cargado de hijos y abrumado de años. Con el dinero que os paga á vos, á los carceleros, á los guardias, á los escribientes y demás servidores de la ley, podrían evitarse muchos crímenes como el mío.

—(Con desprecio.) Sois un degenerado.

—Como gustéis; pero ved que es cierto lo que os digo. Para los enfermos, los inútiles, los tísicos, los sífilíticos, los escrofulosos, raquíticos inservibles, para los viejos miserables y cobardes, la sociedad tiene asilos y casas de beneficencia; para el joven robusto, sano, lleno de vida, de esperanzas, de promesas y de vigor, nada. En mi proceso consta que solicité ayuda de varias casas de beneficencia y me la negaron: ¿era joven y útil para el trabajo y por esto no debía vivir!

—(Con vehemencia.) ¿Sois un miserable pervertido y un necio declamador: sois un cobarde, todo lo que habéis dicho lo prueba; queréis influir con vuestra argumentación hueca y ampulosa en el ánimo de los jurados: es inútil, no lo conseguiréis! ¿Por qué si, como decís, no queríais hacer mal y sólo deseábais comer, y puesto que no hallábais trabajo, por qué, os pregunto, no habéis solicitado una plaza entre las filas de aquellos de vuestros compatriotas que están luchando heroicamente y rindiendo con gloria sus vidas por la sacrosanta causa de la patria? ¿Por qué, os pregunto, no habéis tomado un puesto entre los que están defendiendo la bandera de la patria para hacerla más gloriosa, más grande y respetada que la otra? Allí estaba vuestro puesto, allí os hubieran dado el pan que buscábais por medio del crimen; allí teníais ese pan y una vida en la que son necesarios á todas horas y á todos los momentos del día esa energía y ese valor de que hacéis tanto alarde, ese vigor de que tanto blasonais y que seguramente no poseéis. Bien sé lo que vais á contestarme: que sois joven y que no tenéis la edad exigida; es cierto, pero vuestro cuerpo y vuestra robustez disimulan lo escaso de los años; además, en estos momentos, cualquiera que se presente voluntario es aceptado sin duda alguna y colmado de

atenciones; si hubiérais hecho eso, no habrías tenido necesidad de dar muerte por un pan de cinco céntimos á un padre de familia que ningún mal os había ocasionado y á quien ni siquiera conocíais.

—(*Con calma y serenidad*). Me reprochais, señor juez, el no haberme hecho soldado, y no tenéis razón; ya os he dicho que amo mucho mi vida y mi libertad. Se me acusa y me estais juzgando porque para comer un pan de cinco céntimos maté á un hombre á quien no conocía, y me reprochais el que no haya ido á matar á muchos á quienes conocía menos y que ningún daño me han causado; ni siquiera me habían negado un pan. Maté á un hombre para defenderme de un ataque, y me reprochais que no haya ido á matar á otros muchos que jamás pensaron en atacarme y cuyo único delito consiste en no tener ciertas costumbres. No sois lógico, señor juez; maté por casualidad y obligado por la necesidad, y vos me reprochais que no haya matado á sangre fría y sin motivo. Bien veis que...

—(*Con energía y lleno de cólera*). Basta; sois un insolente. Retiraos; ¡que se lleven al acusado!

R. ELAM RAVÉL

Buenos Aires, Diciembre 1902.

CURIOSIDADES

Los trenes-hotels.—Conocíamos los trenes de lujo y los vagones de todas clases, pero no los trenes-hotels.

M. Chamberlain, dícese, que va á inventar un nuevo género de trenes para viajar en el Africa del Sur.

Este tren se compondrá de dos locomotoras, de tres *sleeping-cars*, de un *dinning-car* y de un furgón.

El *sleeping-car* del centro, que estará ocupado por M. y Mme. Chamberlain, se dividirá en tres compartimentos; el del centro será el dormitorio. A uno de los extremos habrá un salón y al otro un cuarto de baño.

El *dinning-car* comprenderá: un comedor muy bien amueblado, una sala de fumar y otra de juego.

Uno de los *sleeping-cars* será para la servidumbre y contendrá una repostaría, una cocina y un taller de electricidad.

Por lo que se ve, ese tren-hotel no dejará nada que desear. Pero se necesitará ser Chamberlain para viajar en el presente así.

El más estúpido de mis lectores comprenderá la necesidad que existe de que podamos viajar todos con las comodidades que aquí se señalan, y para ello no hay cosa mejor que transformar cuanto antes esta sociedad que nos impide que disfrutemos todos los humanos por igual de las ventajas de la ciencia y de los esfuerzos del talento.

El microbio letárgico.—Se ha desarrollado actualmente en Africa una nueva enfermedad: el sueño mortal. El paciente se duerme sin sufrimiento aparente con un sueño letárgico y no despierta más.

La epidemia ha empezado en la Anguanda haciendo 20.000 víctimas; ha seguido la

región del lago de Victoria y gana progresivamente las regiones vecinas del Océano Indico.

Una comisión médica nombrada para estudiar esa nueva plaga, atribuye este mal singular á un origen microbiano.

* * *

Nuevo invento.—Una invención preciosa acaba de ensayarse en el canal de Quebec por uno del Canadá. Esta invención consiste en detener instantáneamente los barcos en marcha por medio de un mecanismo que marca el timonel.

Se abren dos postigos en el ángulo derecho sobre el casco del navío, produciendo la detención inmediata. Por medio de un solo postigo el barco vuelve á andar.

* * *

Aviso á las cocineras.—¿Quieren conservar los huevos frescos? El método consiste en sumergir en agua hirviendo huevos del día cuidadosamente limpiados. Después de esta inmersión rápida se colocan los huevos en aceite salicílico hervido, que los conserva por mucho tiempo. Huevos así preparados, al cabo de seis meses permanecen absolutamente frescos.

* * *

Un globo TROTTER japonés.—Los globo-trotter* están muy de moda desde algún tiempo. M. Nakamuza, súbdito japonés, abandonó su país con el fin de dar la vuelta al mundo; ha recorrido, sucesivamente, China, la India, Arabia, Persia, Turquía, Grecia, Sicilia é Italia.

El turista viaja para instruirse y cumplir todo el itinerario que se ha propuesto, viajando á pie. Ahora se dirige á España y Francia.

* * *

Sobre el agua.—Uno de estos días aparecerá un periódico excepcional y viajero. Para el efecto, un paquebot inglés saldrá de Liverpool para Nueva York llevando á bordo un equipo completo de impresores y toda la maquinaria precisa para componer un periódico que aparecerá diariamente durante el viaje.

Los pasajeros podrán enterarse durante la travesía de todos los acontecimientos que pasen en el mundo. La información se hará por medio de la telegrafía sin hilos.

* * *

Una momia viviente.—Los médicos del hospital de Norfolk acaban de hacer un descubrimiento raro: un hombre de unos treinta y cinco años con rasgos de momificarse.

Los músculos de las caderas y de los brazos se han osificado casi por completo; el mismo fenómeno se observa en la cara. Palpando sus huesos se cree tocar el mármol. No puede mover ciertos miembros, especialmente el brazo derecho. Puede, sin embargo, poniéndole tendido, levantar el brazo izquierdo y llevar la mano á la boca.

Su andar es muy penoso. Las piernas, atiesadas, se ponen de avance la una después de la otra.

La osificación empezó á la edad de ocho años y continúa desde entonces.

¿Qué ha podido producir este fenómeno? Nadie lo sabe, y los médicos que cuidan á la momia viviente se declaran impotentes para curarla.

LA DAMA GRIS